

EL MÉDICO DE SU HONRA. (*)

¿LA TRADICION FILIPINA Ó EL DRAMA DE CALDERON?

(Dedicado al Sr. D. Sebastian Vidal y Soler.)

I.

De cómo tambien murmuraban en Manila hace dos siglos y medio.

Sonaba aun la última campanada del toque de oraciones, y se saludaban cortesmente, al volverse á poner los chambergos, va-

(*) El drama de Calderon titulado *El Médico de su honra*, desenvuelve, en el fondo, el mismo asunto que presenta este ensayo literario. Un marido que se cree ultrajado resuelve hacerse justicia; pero como es cristiano, dá ocasion á la culpada de prepararse á una buena muerte. Calderon, palaciego por su intimidad con el Conde-Duque de Olivares y con el mismo Felipe IV, no podia ignorar cuando escribió su drama (de 1620 á 1640) la espantosa desgracia ocurrida en Manila diez años antes á un caballero de familia distinguida y en elevada posicion. Esto hace doblemente reparables las inverosimilitudes, la ausencia de sentimientos y hasta los falsos caracteres que aparecen en dicho drama, en cuyas últimas escenas, como dice el erudito Ticknor, se conculcan todos los principios de la moral cristiana.

Aun con la exageracion de ciertas ideas en aquellos tiempos, si fuera verdad el caso presentado por Calderon, siempre pasaria por un asesinato premeditado y repugnante en sus detalles, mientras el hecho histórico con el cual lo comparamos, será juzgado de otra manera, por grande que sea el horror que inspire. He aquí una ligera idea del drama:

Un marido (D. Gutierre) concibe sospechas sobre la fidelidad de su esposa. Esta se desmaya al enterarse de los celos de su marido, quien la deja un papel que dice: «El amor te adora, el honor te aborrece; y así, el uno te mata y el otro te avisa; dos horas tienes de vida; cristiana eres; salva el alma que la vida es imposible.» Trascurrido el plazo, obliga á un cirujano á dar una sangria suelta á aquella desgraciada. Al salir el cirujano de la casa, que marca con su mano ensangrentada, corre á avisar al Rey. Acude éste presuroso á evitar una desgracia, y ya no encuentra sinó un cadáver. Entonces, y sin embargo de ser el terrible D. Pedro I de Castilla, por todo castigo, manda á D. Gutierre que dé la mano á una D.^a Leonor, á quien habia dado antes palabra de casamiento. El marido pregunta al Rey qué cabe hacer si llega á enterarse de que su muger recibe visita que le es á él sospechosa. El Rey le recomienda no sea precipitado, porque la otra era inocente y las apariencias suelen engañar. Insiste el marido, y el Rey le dice que, para último caso, ya sabe el remedio, que es *sangrarla*. La D.^a Leonor, que allí está presente, se conforma. Pondremos, para muestra, un trozo de escena tan curiosa como inverosímil:

Rey. Dádsela, pues, á Leonor
Que yo sé que su alabanza
La merece.

Gutierre. Si la doy.
Mas mira que va bañada
En sangre, Leonor.

Leonor. No importa
Que no me admira ni espanta.

Gutierre. Mira que médico he sido
De mi honra; no está olvidada
La ciencia.

Leonor. Cura con ella.
Mi vida en estando mala.

Hay que confesar que aquellos buenos caballeros y lindas damas que soñó Calderon, no eran nada difíciles en materia de sentimientos.

rios hidalgos que formaban corro frente á una gran tienda de telas y otras mercancías en la calle del Maestre de Campo, así llamada porque en ella habia tenido su casa el famoso Martin de Goyti.

—Seguid vuestro relato,—dijo uno de aquellos dirigiéndose á otro cuya apostura y trage indicaban un oficial de las compañías españolas que guarnecian á Manila.

—Así lo haré,—contestó este,—y con mucho gusto; pero ya ven usarcedes que este maldito Bernardo de Vela está cerrando á toda prisa, segun su costumbre de esta hora, y es incómodo quedarse aquí de pié.

—No os dé por ello cuidado,—repuso el otro,—que yo obligaré á Vela á que nos proporcione asientos, y si quereis, hasta cena, que tengo yo para él gran valimiento mientras no acabe la descarga del patache.—Oid Bernardo de Vela: os advierto que si no mandais poner aquí muy presto sitiales para todos nosotros y no nos traeis despues algun refrigerio, aviso mañana al oficial real Don Luis Benavides que le habeis engañado al declarar el valor de los siete fardos de géneros de Coromandel, y que debeis pagar doble alcabala, amen de las costas.

—Qué cosas tiene este Grijalbo! siempre está de broma. Por taburetes no os quejareis señores, y no faltará tampoco el refrigerio; pero voy á ser franco sobre mi repugnancia á esta reunion al lado de mi tienda. Díjome el otro dia y con reserva cierto amigo, que habia oido á D. Luis Fajardo, el hermano del Gobernador, que aquí se murmura, y que tiene motivos para creer que no salen las honras bien libradas cuando usarcedes estan de buen humor. Bueno es que lo sepan: voy ahora á ocuparme de lo ofrecido.

—La del humo, Vela! Vamos, Saldaña, seguid ahora el cuento.

—Decía, pues, que lo más extraordinario del caso es que somos tres hurones, los tres hombres mas curiosos y desocupados de Manila, los que hemos tomado á empeño saber quien es la dama del manto negro, y no lo hemos conseguido hasta ahora. La primera vez corrió como una corza, volviendo por la esquina que dá á la capilla real, y desapareció como si la hubiera tragado la tierra; en la segunda, nos encontramos con que el galan, embozado hasta los ojos en su ferreuelo, se interpuso desnudando la espada, haciendo con ella una raya en el suelo, tras de la cual se colocó en ademan de que arremetería al que osára traspasarla. Nosotros le

dijimos que por cortesía no aceptábamos el reto.

—¡Ah valientes!—interrumpió Grijalbo.—Él os habrá contestado que más cortesía y nobleza hubiera sido no seguir la dama. Y bien, á lo menos sabreis el nombre del galán.

—¿Quién lo duda? Pero tenemos dada palabra de no decirlo á nadie.

—Si lo supierais ya lo sabríamos todos: yo os lo fio. ¿Y estais bien seguro de que ella y él salían de aquella casa?

—Como lo estoy de que os hablo ahora.

—De suerte que se trata de un misterioso enredo de amores con una dama que por su porte, decis, sin duda corresponde á alto rango. Pues bien, yo os digo que en Manila no hay secretos que tarden ocho dias en descubrirse. Mañana mismo lo sabré yo todo; y para seguir la pista me basta conocer el sitio.

—No lo hagais que os va la vida en ello—dijole al oido con voz baja y conmovida, al que acababa de hablar, uno que en el corro estaba dando apenas atencion á lo que se decía. Era este personaje hombre de media edad y adusto ceño, que usaba largo vigote con el cual medio cubría una profunda cicatriz en la mejilla izquierda.

—Hablais conmigo, hidalgo?

—Sí, á vos os lo digo y procurad no echar en olvido la recomendacion.

—¿Os atreveréis á hacérmela ahí cerca, detrás de Santo Domingo?

—Sí, y en cualquiera otra parte: venid.

Levántase Saldaña de pronto para seguir al desconocido; pero los demás, que se habian apercibido del altercado, aunque no de la causa de él, corrieron á evitar un lance, consiguiendo que los dos de la disputa volvieran al corro, no sin que antes dijese á Saldaña el otro al oido:

—Mañana temprano hablaremos.

—No habia reparado en vos, Sr. Antunez,—dijo Grijalbo al desconocido.—¿Es cierto que vais á Zambales con veinte hombres?

—Así lo manda el Gobernador, porque no hay allí seguridad completa para los misioneros.

—Lástima es que no podais asistir á la magnífica fiesta que se prepara. Se dice que va á ser tan buena como la del año pasado, que tampoco pudisteis ver por hallaros en la expedicion del Maluco. (1)

(1) Desde el año de 1590 al de 1625 tomó gran vuelo el comercio en Manila, merced á los negocios con los chinos y á la navegacion con la costa de Coromandel, importándose ricos cargamentos cuya

—Soberbia dicen que fué aquella fiesta; pero vienen rodando las cosas de mi vida de tal guisa y tal manera torva y apretada para mi, que aun no sé qué es divertirme. Dar y recibir cuchilladas en Flandes y en Filipinas, navegar ó trepar montes, esa es mi ocupacion hace veinticinco años, y ¡vive Dios! que ya me va cansando. Me marchó porque tengo que hacer: guardeos Dios, señores.

—Sr. Antunez, que él tambien os guarde.

Deslizose Antunez, como quien no quiere ser visto, por la calle inmediata, á la sombra de los grandes aleros de las casas, todas bajas y cubiertas de nipa entonces, hasta llegar á la que es hoy del Beaterio, por la cual siguió, entrando en el átrio de Santo Domingo y tomando asiento en el pedestal de una gran cruz de madera que allí habia en recordacion del sitio donde veintiseis años antes habian desembarcado los primeros misioneros de ese hábito. Allí dejemos á Antunez descubierta la cabeza y apoyada esta en las manos como entregado á meditacion profunda y triste, oculto bajo la sombra y follage de los árboles inmediatos á la cruz, y volvamos á la tertulia de Vela el mercader.

—Asaz ligeros hemos andado todos, y vos más que nadie Grijalbo,—dijo Saldaña,—al ocuparnos de los héroes de mi cuento, estando Antunez delante. Sabemos que es más rígido que un capuchino, y que para él solo hay en el mundo un hombre bueno, que es su antiguo capitan en Flandes D. Alonso Fajardo, que hoy nos gobierna, y por el cual daría Antunez cien vidas que tuviera.

mayor parte eran destinados, con quintuplicacion de valores, al comercio con Méjico por Acapulco. He aquí cómo un contemporáneo describe la procesion de que hablaban á Antunez, celebrada con motivo de la llegada de una bula de S. S. autorizando el culto solemne de la Inmaculada Concepcion.

«Fueron públicos y universales los regocijos, elegantes coloquios, divertidos paseos, con carros triunfales llenos de palmas, en que se significaban las ilustres victorias de nuestra Gran Reina; hollando desde aquel primer ser la cabeza de la infernal serpiente, y que vestian muchos lienzos blancos, en cuyo campo sobresalian muchas estrellas de oro, y tirados de varios brutos en místicas alusiones; seguia D. Luis Fajardo, hermano del Gobernador, en un buen caballo enjaezado ricamente; en la mano el estandarte de la Concepcion blanco y exquisitamente adornado, á quien acompañaban el maestro de campo y el General de las Galeras; seguianle los Alcaldes y regidores en forma de Ciudad; luego los colegiales de S. José principalmente interesados en este paseo lucido; apadrinados cada dos de ellos de los vecinos más nobles y distinguidos; precediendo á cada par cuatro pages de hachas con libreas costosas; precedialo un colegial con una vara alta en que pendia una hermosa targeta, y en ella el juramento que habian de hacer el dia siguiente; los bonetes, becas y mangas cuajados de brillantes, joyas y ricas perlas & & Repetía el colegio anualmente esta fiesta con solemnes vísperas.»

—Bien ¿y qué? Peor sería que hubiéramos dado suelta á lenguas y pensamientos sobre el nuevo monasterio de Sta. Clara. Están los mozos que trinan. ¿Pues no se dice que van á entrar hasta cuarenta jóvenes españolas de una vez? Yo he puesto mi firma con tantos otros en el escrito que tiene ya el Gobernador, para que evite el daño que se sigue á esta ciudad de tan numerosos mongios. (2)

—Apuradamente, no tiene el Gobernador en qué ocuparse: los holandeses por el N., los moros por el Sur, los indios aun no reducidos en muchas partes, los encomendados dados á todos los diablos: era necesario armarle ahora cavilaciones de Manila para que el buen señor estuviera contento. A bien que él es bastante para todo como se trate de batallas, y me temo que, distraido un dia, y creyendo habérselas con moros ú holandeses, arremeta con cuantos le busquen las cosquillas. A propósito, ó me equivoco mucho, ó aquellos tres bultos que vienen de la Fuerza, y de los cuales se distinguen á la claridad de la luna el relumbrar de las hebillas de los chambergos y de los puños de las espadas, uno es el Gobernador y los otros sus acompañantes. ¿A donde irá á estas horas? Tal vez á visitar al nuevo Arzobispo. Por aquí va á pasar, y creo haremos bien en marcharnos antes que nos conozca, porque va siendo tarde y á él no le agrada que las gentes se diviertan á estas horas.

II.

De cómo se trataban en aquel tiempo los casos y cosas de conciencia.

Antunez, irguiendo la cabeza y pasándose la mano por los ojos como quien despierta de un sueño, levántase del pedestal en que estaba sentado, y á manera de impulsado por una meditada y apremiante resolución, se dirige con pasos apresurados á la puerta del convento, que estaba cerrada. Despues de varios golpes dados en ella, y un largo altercado con otra persona que hablaba desde adentro, y que sin duda alegaba prohibicion de entrada á aquella hora, abrieron al fin, y pudo Antunez, á la luz incierta de algunas

(2) «Opusieronse varios seculares á que recibiesen «más doncellas nobles el santo hábito en el nuevo monasterio de Santa Clara, pedian se tasase el número; porque, decian, era tal admision sin tasa, el «perjuicio de la república, faltando así con quienes «tomar estado matrimonial los hijos de los nobles «vecinos. Valieronse del Provisor para que anulase «las recepciones & &» (P. Juan de la Concepcion: *Historia general de Filipinas*: Parte V pág. 12.)

lámparas, recorrer el cláustro bajo, llegar á la escalera, subirla y, casi á tientas pero siempre muy de prisa, como quien conoce los sitios, detenerse á la puerta de una celda.

—Padre Gregorio!-exclamó Antunez: óigame por Dios, que es el caso árduo y apurado.

Sintieronse algunos pasos en el interior de la celda, y á pocos momentos apareció un anciano religioso, cuyo semblante macilento y demacrado indicaba padecimientos físicos, sin embargo de los cuales resplandecian gran dulzura y aun vivacidad en la mirada.

—Vamos, pues, buen Antunez ¿y quién es el enfermo que tan grave se encuentra?

—Pluguiera á Dios que de un agonizante se tratara y que ese fuese yo, que para mi sería menos amargura que la que me oprime en este momento.

—Antunez, hijo mio ¿qué os sucede? Entrad, sosegaos y decidme en qué os puedo valer, puesto que contais con mi amistad.

—Es el caso Padre, que yo no sé ahora si es una confesion lo que debo hacer para alivio de mi conciencia, ó es un consejo el que solo os debo pedir, para evitar muy grandes males á mi señor gefe y amigo don Alonso y á esta ciudad.

—Si decís que en el asunto anda vuestra conciencia intranquila, confesáos en buen hora; si es solo consejo el que necesitais, de poco os podrá valer el de un pobre fraile alejado de las cosas del mundo. Podeis hablar, ya que hay prisa en ello.

Antunez acercó su silla á la del religioso, y le hizo en voz baja, que apenas se oiria á dos pasos, un relato que duró cuatro ó cinco minutos, y á la mitad del cual dejó caer la cabeza sobre el pecho el P. Gregorio y se llevó varias veces á la frente sus manos cruzadas, en señal de dolor. Cuando acabó Antunez, se levantó precipitadamente el religioso, y despues de dos ó tres vueltas por la celda con pasos que revelaban su impaciencia y su agitacion, dijo, cogiendo su baston y su sombrero:

—Vamos, que no hay tiempo que perder. ¡Qué desgracia, Dios mio! ¡Cómo si no bastaran el mal y sus consecuencias para las personas, es tambien el escándalo lo que nos amenaza! Es necesario obrar con energia y pronto. Grande es vuestra culpa, Antunez, por no haber intentado el remedio desde el primer momento en que vuestras sospechas fueron realidades.

—Me lo temía Padre; pero no encontraba salida: él recto y duro como una barra de acero: ella indómita por carácter y educacion...

—Sois mas cándido, Antunez, de lo que yo creía: vais á ver cuán presto lo remediamos, si es que aun es tiempo para ello. Vamos, y hablad por el camino si os place, porque no me detengo ni un instante más. Obligan á ello intereses más altos de los que veis vosotros los hombres del mundo.

—Pero, Padre Gregorio,—dijo Antunez cogiéndole por el hábito,—mire bien lo que hace. Aunque haya oido vuestra paternidad que yo no soy cobarde, no cuente conmigo para el paso que va á dar.

—Así es la valentia de estas gentes! ¿Qué idea tendrán ellos formada del verdadero valor? ¿Cómo es que no han reparado aun en que, entendido á la manera que ellos lo entienden, cosa debe ser harto comun y barata, puesto que son tantos los valientes? ¡Cobarde, decís, Antunez! No hombre, no, y andad más aprisa, que por valiente os quiero ahora; porque temo no tropezar sinó con un hombre vano, sin corazon, y por ende, irracional y terco, con pujos de valentia, que si él fuera valiente á la manera que Dios los quiere, bastárame la razon para entenderme con él.

—¿Es posible, Padre, que se atreva á hablar al Gobernador? Quiero antes morir que presenciarlo.

—¡Está loco, hermano! ¿Tan falto de prudencia me supone, que vaya á sostener una lucha desigual con otra fiera mil veces peor que la valentia irracional, cual es la ira, la vanidad y el amor propio sublimados á lo que llaman honor? Este es otro sentimiento que entienden de muchas y peregrinas maneras, hombres que se atreven á llamarse cristianos! No, amigo Antunez. Si fueran otros su temple y sus ideas, ese seria el camino más corto: encontraria un consuelo en fiar á nuestra amistad la lucha con tamaño infortunio, cuya intensidad sube de punto con extremas y violentas resoluciones. Mi plan es diferente y es de más facil ejecucion. Vamos á buscar al otro, que me escuchará y saldrá de Manila mañana temprano; para el caso de que no quiera atenderme, emplearemos algo de terror y un poco de vuestra fama de valiente, amigo Antunez, siendo de mi cuenta el que no llegue á haber sangre. ¿Cómo no os ha ocurrido tan fácil modo de aniquilar en su origen tan funesta intriga?

Habian llegado, cuando esto decía el religioso, al extremo de la que es hoy calle de Anda, y tomaban ya la esquina á la del Arzobispo, donde moraba sin duda la per-

sona que iban á ver, cuando sintieron en direccion encontrada y hácia ellos, el pausado andar de varias personas.

—Me presumo, Padre, que esta es la ronda, y como suele hacerla el mismo Gobernador, creo que debemos recatarnos. Probablemente seguirán la calle, y hasta que pase, nosotros esperaremos aquí á la vuelta, ocultos por esas pilas de maderas de la obra del colegio fundado por Dasmariñas. El aprieto será si nos descubre. ¿Qué le podremos decir? Por Dios, ya que tiene vuestra paternidad más ingenio, apreste una mentirilla leve que nos saque del apuro, y piénsela bien que no caigamos en renuncio.

Serían las once de la noche cuando pasaba este coloquio. Era muy frecuente por aquellos tiempos, que el gobernador en Manila hiciese dos ó más horas de ronda, servicio que tenían por altamente meritório hasta los mismos alcaldes de casa y corte (magistrados) en Madrid, y las primeras autoridades en los otros pueblos, «para evitar pecados y pependencias».

III.

Catástrofe.

Los pasos que sintió Antunez, eran, en efecto, de la ronda, y en su prisa de evitarla, hicieron él y el religioso más ruido del que convenia. Así fué que, apercebida de que unos bultos huían, la ronda apretó el paso en su seguimiento.

Dan la vuelta á la esquina de Sta. Isabel nuestros dos fugitivos, y como se habian propuesto, se esconden tras abultadas pilas de maderas que allí habia, en momentos que los de la ronda siguen hácia las casas del frente, alumbrando uno con el farol, y como dudosos si tomar á la derecha ó seguir la calle de Anda; pero el que la mandaba, y á quien los demás atendian con mucho respeto, yendo siempre detrás de él, reparó que solo estaba entornada la puerta de una casa que seguia á la de esquina y era de las de más humilde apariencia. Como obedeciendo á súbita inspiracion, arranca el farol de manos del que lo llevaba, da un empujon á la puerta y sube apresuradamente la escalera, siguiéndole los demás.

El P. Gregorio y Antunez observaban estos movimientos sobrecogidos de terror, porque era aquella la casa designada por Saldaña. Iban ya á salir de su escondrijo, cuando ven que repentinamente se arroja un hombre del balcon á la calle, y con tan buena

suerte, que pudo echar á correr sin perder instante, lanzándose en pos de él, aunque menos ligero, uno de la ronda que habia quedado á la puerta.

—Era ya tarde, Antunez! Era ya tarde desgraciado!—exclamó el P. Gregorio.

—Vámonos de aquí,—le contesta sordamente Antunez,—vámonos; tengo miedo por primera vez de mi vida.

—Ved lo que son las cosas, seor. valiente. Es el deber quien nos obliga ahora á arrostrar todo lo que pueda sobrevenir. Me temo que habrá grandes dolores y grandes furores que calmar, y acaso servicios de buenos amigos que ofrecer.

Durante algunos minutos apenas se sentió ruido alguno, aunque un observador atento é inmediato hubiera oido un grito de angustia, sollozos de muger, y á la vez, algo como el pavoroso resuello de leona enfurecida, presta á devorar al que le arrebatara su cachorro. Cuadro de horrible y tenebroso silencio debía ser aquel, y el Padre Gregorio presentia todo el espanto de la situacion, porque cogió con mano temblorosa la del veterano y le dijo:

—Entremos Antunez, y que Dios nos ayude.

No habian atravesado aun la mitad del ancho de la calle, cuando un soldado que salia de la casa con precipitacion y tropezando casi con ellos, se detiene al reparar en el religioso y le dice:

—Venga, Padre, conmigo.

—Adonde, hijo? ¿Para qué? ¿Quién me llama?

—No sé; venga, que esa es la órden que tengo de traer al primero que encuentre, y de grado ó por fuerza. Lo manda el Gobernador.

Suben á la casa el P. Gregorio y Antunez precedidos por el soldado.

Apoyado en el marco de la puerta de una habitacion, se veia, á la escasa claridad de un farol que estaba en el suelo, á un hombre de elevada estatura, inmóvil como una estatua, la cabeza caída sobre el pecho, cruzados los brazos y asomando bajo el izquierdo la hoja de una daga empuñada en la diestra mano. No hizo movimiento alguno hasta que el P. Gregorio y Antunez, más separado, estuvieron á cuatro pasos de él. Levanta entonces con lentitud la cabeza y mira como sorprendido de tan pronta ejecucion de su órden. En el fondo de aquel aposento se veía desde la puerta, una muger arrodillada, reclinando la cabeza, oculta por las manos,

en el borde de un lecho. Hondos y ahogados gemidos exhalaba á intervalos. La poca luz que habia en aquella pieza era debida al farol de la inmediata, y á la claridad de la luna. Despues de algunos momentos de reflexion, el hombre que estaba á la puerta dijo al religioso:

—Acercaos.

Reparando despues que habia otra persona desconocida, coje precipitadamente el farol y lo pone frente del rostro de Antunez.

—¡Vos aquí!—dijo;—idos.

—¡Señor!

—Idos pronto, pronto!

Acostumbrado Antunez á obedecer sin vacilacion cuando aquella voz, para él muy conocida, hacía oir su vibracion ruda, descendió la escalera y salió á la calle, deteniéndose á pocos pasos de la puerta.

Despues de volver á colocar el farol en el suelo, dijo el hombre misterioso al Padre Gregorio, señalando el interior de la habitacion:

—¿Veis aquella muger? Confesadla.

—¿Se halla, por ventura, en peligro de muerte?

—Eso no os atañe: confesadla.

Acércase el P. Gregorio á la dama arrodillada, á la cual dice en voz baja y conmovida:

—¡Valor señora! Dios es misericordioso, y nosotros unos míseros gusanos, que revolcados casi siempre en el fango de nuestra naturaleza, olvidamos demasiado que tambien es justo. ¡Grande es vuestra afliccion en estos momentos! Tomad esta cruz; bañadla con vuestras lágrimas, y hablad, si teneis algo que decir, al sacerdote y al amigo.

Un gemido mayor que los anteriores fué la única contestacion.

Siguióla hablando en voz más baja el Padre Gregorio, y ella, al fin, le contestó dos ó tres monosílabos casi ininteligibles en medio de los sollozos.

Oyóse despues el murmullo de una oracion del P. Gregorio; y levantándose este, se dirigió al sitio donde estaba el hombre inmóvil.

—Señor—le dice—espero me permitireis conducir á esa desolada señora á un lugar de santo recogimiento y de penitencia donde desea pasar el resto de su vida.

—Tampoco eso os atañe; idos.

—No puedo señor; perdonad á un pobre religioso que os respeta, pero oid su voz amiga, en esta dura prueba que se presenta á vuestras altas prendas de caballero y de cristiano.

—Idos, repito: ya no haceis falta aquí.

—Mi deber es quedarme, Señor, porque padeceis. En nombre de Dios os lo pido. Confiadnos á vuestro leal subalterno Antunez y á mí, que igualmente que él os amo, lo que á vuestro honor y á vuestra posicion es debido en este trance.

—¡Ola! Aquí dos hombres! Llevaos esté fraile.

El P. Gregorio, así que sintió acercarse los soldados, se vuelve á ellos y les dice:

—No toqueis á un ministro del Señor: yo me iré sin violencia.

Esto detuvo á los soldados, y el religioso temiendo la explosion de la concentrada ira de aquel hombre, y en la esperanza de ablandarle, se arroja de rodillas delante de él y le abraza las piernas diciendo:

—¡Por el que murió en la cruz! ¡misericordia! Acordaos de quien sois y de que vuestros actos son ejemplo. ¡Valor contra vuestras pasiones! Señor....

Al sentirse abrazado en las piernas aquel hombre, no pudo contenerse mas; su cólera estalló tal vez con redoblada fúria de la que sentía, y empleó la fuerza para desasirse del religioso, pronunciando roncadas é inarticuladas palabras, presa en aquel momento de un acceso de furor. El P. Gregorio, que se sentía débil para aquella lucha y que conocia el inminente peligro de una horrible desgracia, gritó entonces:

—¡Antunez! ¡Socorro Antunez!

Aquel espantoso bregar, las voces del religioso y la ira del caballero, casi á oscuras, en aquel aposento, tenían mudos de terror á los soldados, inmóviles testigos de la escena; la misma dama arrodillada, saliendo de su estupor, se levantó y dirigia sus espantados ojos al rincon donde la lucha sacrilega se verificaba. Sentíanse pasos precipitados de otra persona que subia la escalera, y entonces, en un supremo y violento esfuerzo, pudo el caballero separar de sí al religioso, rendido ya de fatiga.....

Un instante despues se sintió un grito desgarrador y el pesado golpe de un cuerpo que caía al suelo.

El religioso y Antunez entraron en el aposento y vieron horrorizados tendido inerte el cuerpo de la dama.

D. Alonso Fajardo tenia aun en la mano una daga ensangrentada. (3).....

.....

.....

(3) «Fué este Gobierno muy pacífico aunque desgraciado, y no fué la menor infelicidad para D. Alonso,

Pocos meses despues entregaba tambien su alma á Dios, devorado por sus pesares, el pundonoroso y arrebatado D. Alonso Fajardo y Tenza, caballero de Alcántara, señor de Espinardo, acreditado militar en las guerras de Flandes, justificado Gobernador de Filipinas, y le enterraban en el templo de Recoletos al lado de su malaventurada esposa D.^a Catalina Zambrano.

Un esbelto tamarindo, el árbol mas hermoso que se encuentra en Manila, del cual solo dejan ver al transeunte, unos altos paredones, la elevada copa, que por esto y por el matiz oscuro de sus menudas hojas, tiene allí aspecto de fúnebre ciprés, señala aun el que fué teatro de tan horrible drama, frente del edificio, no construido aun entonces, que se llama hoy colegio de Sta. Isabel.

J. F. DEL PAN.

Manila: Setiembre de 1875.

EL GINSENG.

PANACEA UNIVERSAL.

Entre las cartas que me trajo un correo del Sur, hace pocos meses, había una de un excelente hombre, tan sencillo como honrado, afligido de dos años á esta parte de una enfermedad rebelde á todo plan y sistema de curacion. Me daba cuenta del estado lastimoso en que se encontraba, yendo en aumento su demacracion y pérdida de fuerzas, y me suplicaba con las frases de mayor éncarecimiento, que le enviase cuanto antes una raiz muy cara que un chino ahijado suyo le dijo se llama *Dinsing* y tiene gran-

la que le ocasionó su muger D.^a Cathalina Zambrano, de tan poca fidelidad, que tenia comunicacion ilícita con un sujeto de la república, para la cual salia de Palacio disfrazada, y entraba en una casa donde se veía con su amante: Rondando la Ciudad una noche el Sr. Fajardo, como tenia de costumbre, por aviso, sin duda, que tuvo de algun soplon, entró en la casa, donde su muger ponía en práctica sus malos designios, y la halló en traje indecente, que manifestaba su delito. Llevado el noble caballero del pundonor y la ira que le excitaba el agravio, determinó tomar una ejecutiva venganza. Mandó llamar un confesor que la oyese en penitencia, y acabada la confesion, sin que las lágrimas del sacerdote pudiesen impedirlo, la mató á puñaladas con sus propias manos. El indigno cómplice tuvo la fortuna de escaparse, y poniendo mar de por medio, aseguró su vida, que sin duda le hubiera quitado el enagenado Gobernador. Desde este tiempo le entró una profunda melancolía que no lo dejó hasta que no acabó con él antes de dos años. (El P. Concepcion dice seis meses.) Se enterró en la iglesia de los PP. Recoletos, habiendo muerto por Agosto de 1624.» (MARTINEZ DE ZÚÑIGA: *Historia de las islas Filipinas*; pag. 237 y 238.)

des virtudes, empleándose especialmente contra las tercianas, la tisis, las enfermedades de estómago é intestinos, y para restaurar el organismo de manera que los viejos se remozan y prolongan su vida indefinidamente.

Por mas que yo supiera que mi amigo, siempre inclinado á lo maravilloso, pertenece al número de los que se entregan con mas confianza á un charlatan que á un hombre encanecido en el estudio y en la práctica de la difícil y humanitaria profesion del médico, su carta despertó en mi extraordinaria curiosidad. ¡Ahí es nada! Volver á un viejo joven!... Cosa es de ir á escarbar hasta en la cima del Arayat para encontrar la milagrosa raiz que el chino designó á mi amigo.

Salí de casa preocupado con tal descubrimiento, decidido á revolvér todas las boticas chinas de Manila, que por mi cuenta son tantas como tiendas de comestibles. A medio camino me asaltó de repente la idea de que aquel nombre, y aquella raiz, y aquellas virtudes admirables, no eran cosa nueva para mi: yo habia leído eso mismo en alguna parte; pero ¿dónde? ¿cuándo? Vaya V. á adivinarlo! Lo mismo podia haber sido en algun viejo infolio que en una gacetilla de periódico. En tanto no progrese mas la *neumotecnia* y arreglemos en nuestra memoria, como papeles en estanteria de archivo, las ideas que vamos recogiendo, plantando á cada una su etiqueta para que no se confunda con otra, las cabezas de los que leemos sin método y mas por vicio que por estudio, serán lo que son, verdaderos cajones de sastre. Seguí, pues, mi camino á una botica china donde, oido lo que buscaba, me contestaron como en tienda de chucheria:—No hay ¿cosa mas quiele?—Lo mismo me sucedió en otra.

Mohino y triste al ver que no podia proporcionar á mi amigo lo que necesitaba, y casi dispuesto á una superchería inocente, que era enviarle cualquiera otra raiz medicinal de las mas inofensivas, para que no padeciese la contrariedad que en imaginaciones tales como la suya representa un deseo no satisfecho, me volví á casa, y dió en atormentarme de nuevo el vago recuerdo de anterior conocimiento del asunto. Solo una casualidad me podia sacar de la confusion en que me ponía la que ya era evidencia de que, en otra ocasión, me habia enterado largamente de la panacéa maravillosa que me pedían.

Casualidad ó providencia fué que, pocos

dias despues, y queriendo probar á otro amigo que nuestras crónicas y las *Cartas edificantes*, escritas hace dos siglos, dicen mas del interior de China y régimen de ese imperio que todo lo que encontramos en libros escritos por sabios viajeros y diplomáticos de nuestro tiempo, busqué en un tomo del P. Concepcion una descripcion curiosa que yo habia leído hace años, y he aquí que en el tomo VI me encuentro de manos á boca, como se suele decir, con un *Ginseng* que lo cura todo y alarga la vida. ¡Eureka! grité como el geómetra: ya lo encontré. Cuanto me alegro! ¿Cómo me habian de entender los boticarios chinos si yo les decía *Dinsing* en lugar de *Ginseng*? ¡Pues no es floja la diferencia! De esta vez doy con el enemigo de las *anemias* y las *clorosis* y todos los empobrecimientos de.....

—¿Pero qué diablos de algaravía es esa?— Me interrumpe el amigo de la disputa sobre literatura sínica. ¿Qué tiene que ver la descripcion del imperio celeste con la *clorosis*?

—¿Qué sabe V. hombre, qué sabe V.? Hay concomitancia tal entre esas ideas, que me va V. á permitir dedicar á ella en este momento toda mi atencion. ¡Qué descubrimiento! Yo voy á salvar á un amigo, por de pronto, y despues, voy á estender por el mundo entero la noticia de un verdadero don del cielo que recibimos por medio de los sábios discípulos de Confucio. ¿Y sabe V. que me parece que nos vamos volviendo coscones, y no nos vendrá mal un poco de remocicamiento? Será V. de los primeros, amigo mio, que bien lo merece por haber presenciado este hallazgo, que hará época en los fastos de la humanidad doliente.

Mi amigo me miraba de hito en hito, y aun creo que llegó á dudar si yo estaría en mi sana razon. Se tranquilizó, sin embargo, cuando le dije enfáticamente y entregándole el libro abierto: *tolle, lege*. Así lo hizo en alta voz y del tenor siguiente:

«La planta famosa y muy estimada en el imperio es el *Ginseng*, sobre que los médicos mas hábiles de China han escrito sobre sus propiedades libros enteros: sirve en todos los remedios preparados de ingredientes; esto para los grandes señores, porque para el pueblo es demasiado costoso; preconizanle de remedio soberano contra la falta de fuerzas, y abatimientos, que provienen de trabajo de cuerpo escesivo, ó de el espíritu; que disuelve las flemas, que sana la debilidad de los pulmones, y dolor de costado, que detiene los vómitos, fortifica

«el estómago y suscita el apetito; da vigor
«á los vitales espíritus, y produce linfa en
«la sangre; que es buena para los vértigos
«y desmayos; y finalmente, que alarga la
«vida á los viejos: los que están en buena
«salud, la toman para estar mas robustos.
«Muchos buenos efectos tiene, pero no tan-
«tos.».....

—¿Y quien le pide á ese bendito religioso
su opinion? ¿Querrá él saber mas que los
mandarines del número doce y boton ama-
rillo?

—Calle V. hombre, que sigo la lectura.

—No me da la gana. Me irrita el que
nadie traspase su esfera profesional.

«Crece esta raiz en la Tartaria china,
«entre los 39 y 40 grados de latitud, en
«una larga serie de montañas, rodeadas y
«cubiertas de espesos bosques, sobre el borde
«de torrentes ó al circuito de los peñascos, ó
«á los piés de los troncos, en medio de todo
«género de yerbas se halla esta planta; es
«enemiga del sol, de quien se oculta cuanto
«puede. Los sitios en que se halla se se-
«paran con una barrera de estacas, que cier-
«ran toda la provincia; patrullan guardas al
«rededor de ellas para que no entren á co-
«jerla furtivamente los chinos; con todo, apro-
«vechan los descuidos á costa de muchos
«riesgos.....»

—¡Habrán pillos semejantes!

—Deje V. á los pobres que tambien cojan
su poquito de *Ginseng*.

—¡Hombre! ¡hombre! Pues no faltaba mas
que fuera yo á tolerar infracciones de sa-
bios reglamentos contra el delito de *estravio*.
V. simpatiza con los contrabandistas; pero yo
que he servido en Estancadas, conservo todo
el entusiasmo del oficio. Para buen orden de
la sociedad, yo estancaría hasta el agua,
y desapruébo altamente los desestancos de
la bonga y del vino de coco. Desde entón-
ces estos artículos....»

—Están mas baratos.

—Pues yo sostengo que para el fomento
de la interesante nuez *areca* (*vulgo*) bonga,
convenia el estanco; y sinó, dígame V. quien
plantaría tabaco si este ramo fuese libre.

—Esa sí que es buena! Conque andubie-
ron á tiros en muchos pueblos de Luzon los
guardas con los sementereros porque estos
querían continuar ese cultivo en provincias
donde lo prohibió Basco, de la misma ma-
nera que todos los monteses lo sostienen aun
contra viento y maréa, y V. pretende que
no cultivarían sinó por fuerza!

—Que ideas, amigo, que ideas! Se conoce

que V. no se ha empapado en la filosofia
de ciertos sistemas reutísticos. Siga V. le-
yendo:

«Quiére el emperador que hagan este co-
«mercio solo los tártaros, con la condicion
«de que darán á su magestad dos onzas de
«lo mejor, y lo demás deben pagarlo á peso
«de plata fina. Los que recogen la raiz la
«laban y limpian, la mojan en agua caliente
«y la secan al humo de maiz amarillo.....»

—¡Qué esmero en tan delicada operacion!
Fijese V. bien en que ha de ser hoja de
maiz amarillo y no blanco, porque en este
caso, el *ginseng* perdería su virtud.

«El nombre de *ginseng* quiere decir «re-
«presentacion del hombre» y ninguna con-
«formidad tiene; mejor la nombran los tár-
«taros, *orbota*, esto es, la primera de las plan-
tas.»

—Siga V.

—Ya no dice mas del *ginseng*.

—Pues entonces venga V. conmigo, que voy
á ver si lo encuentro en boticas chinas.

—No; me falta tiempo para ello: vaya V.
pruébelo, y despues que se haya remozado
un poco, tendrá la caridad de proveerme,
porque tambien me está haciendo falta el
echar de encima unos veinte años, y lo pasado,
pasado. Dicho esto, y cuando yo, que tambien
me preparaba á salir, le suponía bajando la es-
calera, veo que coje un gran tintero que habia
en la mesa, y tomando traji-cómica actitud,
suelta un chorro de voz de bajo profundo, y
canta en francés este trozo del *Elixir di amore*:

Aprochez tous, venez m'entendre
Moi l'amí de l'humanité,
A juste prix je viens vous vendre
Et le bonheur et la santé.

Par cet admirable breverage,
Un senateur de soixante ans
Est devenue, malgré son age
Grand pere de dixhuit enfants.

¡Oh vous matrones rigides
Qui regretez le beau temps
¿Voulez vous, malgré vos rides
Voir revenir vos printemps?

Voulez vous mes demoiselles
Devenir jeunes et belles?
Voulez vous mes jeunes gens
Plaire et seduire en tous les temps?

Prenez, prenez mon elixir,
De tout il peut guerir:
La paralisie, l'apoplexie, la pleuresie
Et tous les tourments,

Jusqu' á la folie, la melancolie
Et le mal de dents.

En seguida me hace una profunda reve-

rencia, dá una vuelta y una pirneta en el aire y echa á correr por las escaleras.

Yo estaba estupefacto. ¿Quién era allí el Dulcamara? Poco á poco, porque soy de miopacífico y calmoso, fui haciendo corage: agarro una ligua que tenía allí en mi panoplia; la suelto para cojer un cris, que es arma mas terrible, y deajo este por una flecha envenenada procedente de los aetas; busco el arco en el rincon, tomo postura y me dirijo contra el amigo desleal que convertia en mogiganga mi humanitario pensamiento. Pero el enemigo estaba ya á media legua de allí, cuando menos, al ponerme yo en figura de Cupido. Vale mas así, porque si no escapa, perpetro un homicidio ¡así me tenía de ciego la ira trás aquel inoportuno arranque filarmónico!

Tranquilo ya, dos horas despues, salgo á la calle con direccion á boticas chinas. Entro en una, del pasage Norzagaray, y con el aplomo del que sabe lo que hace, pido *ginseng*, vocalizando lo más claramente posible esa palabra. Los chinos que allí estaban se miraron, como consultándose lo que yo quería decir, se encogieron de hombros y me contestaron, como la otra vez:

—No hay.

Esto es, dije yo para mis adentros, que se les acabó. Vamos á otra. Igual escena, enteramente igual. Lo mismo me pasó en otra tercera botica.

Entonces, dándome una palmada en la frente, no pude menos de exclamar: ¡Tonto de mí! ¿Cómo no me ha ocurrido antes que si hubiera *ginseng* en Manila los chinos no tendrían cementerio? ¡Infelices! Ahora principio á reconocer el funesto resultado de los monopolios. El emperador lo vende á peso de plata fina á los tártaros; estos, únicos dueños de la mercancía, lo venderán á los mongoles á peso de oro, y los mongoles tal vez no lo cedan por menos que á peso de perlas y diamantes. ¡Pobre amigo mio! Pero aunque me desprenda de mi sortija-solitario, si ese es el precio, yo he de proporcionarle una chispita de *ginseng*. Vuelvo á la botica donde me enterarán sobre el modo de alcanzar tan preciosa adquisicion.

Entro en la más cercana, de las tres que habia visitado antes, y hago entender mi pretension. ¡Aquí de Dios y del Rey! No sabian qué significa el *ginseng*, que yo buscaba. ¡Era cosa de volverse uno loco! Por fortuna, veo desde la puerta que pasaba el gorbadorcillo de chinos, quien me conoce y guarda consideraciones; le llamo y suplico intervenga para que en aquella botica examina-

sen despacio el asunto. Hízolo el pedáneo coletudo, en chino para mayor claridad, y desde aquel momento no se ocuparon de otra cosa los cinco profesores médico-farmacéuticos que allí había. Llamaron otro que estaba en la trastienda, que era un viejo de color cetrino, alto, caido vigote, larga y tendida coleta, birrete colocado con cierta magestad y gafas redondas, formando el conjunto un tan científico aparato, que me inspiró respeto. Era tal la aureola de saber que le rodeaba, que no pude menos de esperar de él la solucion del problema. Es verdad que perdió algo en mi opinion el *ginseng* al ver un boticario tan estenuado; pero tambien me ocurría que muy bien podia suceder careciese de eficacia para los orientales entregados á las dulzuras del anión, queés un músico célebre, segun una sabrosa nota que han puesto á las obras de Quevedo, edicion Rivadeneyra, allí donde el satírico y jocosos escritor alude claramente al opio que ya en su tiempo tomaban los turcos. Los chinos consultaron mamotretos y discutian repitiendo á menudo la palabra que les era desconocida, hasta que pasada media hora, y trás un momento de meditacion, el viejo se viene á mí, levantando la mano como para dar más fuerza á la locucion, y abriendo desmesuradamente sus rasgados ojos, me dice:

—¡*Nin-zing!*

—Eso, hombre, eso, dije yo. ¿Qué mas dá? El *Nin-zing* que dice *suya* ¿sirve para hacer jóvenes á los viejos, para curar muchas enfermedades, es muy caro y se coje en la Tartaria?

—Sí, dijeron todos los chinos á coro.

—¿Y hay *Nin-zing* en esta botica?

Oida mi pregunta, el viejo se llega más, sonriendo, y me dice en voz baja:

—Tiene, pero no *primera de primera*.

—¿Y hay de primera en otra botica de Manila?

—No señor, y son pocas las que tienen de *segunda*.

—A ver? Enséñenme VV. *ginseng* ó *nin-zing* aun cuando sea de *segunda*. (*)

(*) El *ginseng* era casi un mito, por lo escaso y caro, para la generalidad de los chinos, aunque todos conocian la existencia de esta supuesta panacéa universal. Pero, no hace muchos años, un inglés que habia visto el *ginseng*, lo encontró tambien en el Canadá, en condiciones de clima y terreno análogas á las de la parte de Tartaria donde aquel se produce. Recogió gran cantidad y la envió á China; se repitieron las remesas, y el *ginseng* ha perdido todos sus prestigios desde que se halla al alcance de todas las fortunas. Los chinos mandarines y boticarios, en su despecho por semejante profanacion, no pueden hacer mas que decir es un *ginseng* apócrifo, ó de *segunda*, como le llaman los boticarios chinos de Manila, el *ginseng* del Canadá.

El viejo se volvió á la trastienda, trajo una cajita de maque, de la cual sacó un tarro de loza; destapó este, y estrajo un pequeño envoltorio de papel de color, dentro del cual había otro de papel de seda, que desenvolvió para enseñarme tres ó cuatro raíces de unas cuatro pulgadas de largo, parecidas á pequeñas zanahorias, amarillentas, ligeramente aromáticas, elásticas y con la particularidad de que cada una se componía de dos á modo de piernas bien redondas acabando en punta. Hiqué en una los dientes, y me supo á dulce y amargo á la vez, aunque no repugnante.

Pregunté el precio de uno de aquellos pedazos, y me dijo el boticario cinco pesos, advirtiéndome que si fuera del superior, ni por quinientos me lo podría dar.

¡Qué contento! Al fin había encontrado la salvación de mi amigo, y acaso, acaso, la felicidad de quitarle una treintena de años á cierta dama que me mira con tiernos ojos, tan tiernos, como corresponde á sus sesenta navidades.

De vuelta á mi casa con el precioso tesoro, me encuentro frente el paseo de Magallanes á un médico á quien quiero mucho, porque es buena persona: no como médico. Le tengo por hombre strafalario y casi casi de poca ciencia. ¡Figúrense los lectores que sé de casos en que, al cabo de ocho visitas á un enfermo, no había escrito ni una mala receta! Lo componía todo con tisanas caseras y consejos de abrigo, tranquilidad y alimento sano. ¿Quiéren VV. creer que en una ocasión, y ostigado á que recetase, escribió en un papel: recipe, una magra y una copa de jerez bueno? ¿Qué médico que se estime un poco, deja de armar una batería de cincuenta potingues diferentes á la octava visita, y con encargo de que alternadamente tome el enfermo de todos, de cuarto en cuarto de hora? Esto si que es ciencia: lo demás no se comprende.

Así pues, como no tengo ni por medio médico siquiera á este, aunque si por buen amigo mio, no tuve reparo en participarle la causa de mi alegría, y le enseñé la raíz inapreciable. Se enteró detenidamente del estado del otro amigo enfermo que pedía el *nin-zing*, de sus ocupaciones, edad y otras circunstancias, así como de si yo me interesaba mucho por él, y despues me dijo:

—Pero V. tiene que escribirle el régimen que corresponde al sistema curativo *nin-zing*. Yo lo conozco por casualidad y se lo voy á decir á V. para que se lo comunique. Dí-

gale V. á su amigo que, tan pronto reciba el *nin-zing*, lo ponga donde no le dé la luz, que lo desvirtúa; que él deje de usar ropa encarnada, verde ó amarilla, porque estos colores neutralizan la fuerza de tan poderoso agente curativo; que si le es posible, cambie de residencia algun tiempo, procurando que en la nueva, que debe estar bañada por brisas del mar, le den agua diferente y otros alimentos de los que toma ahora; recomiéndele V. el aceite de hígado de Bacalao y paséo por las mañanitas temprano, lo mismo que algunos baños de mar, si ve que le sientan bien; adviértale que se le prohíbe comer más de media libra y menos de dos onzas en cada vez, de jamon de la Sierra, de York ó de Wesfalia; que se abstenga de otros vinos que los tintos y claros secos y de primera calidad; por último, que observadas religiosamente estas prohibiciones, puede comer de cuanto le apetezca, como no haya exceso. Preparado así su organismo, el *nin-zing* se administra por infuso, que se hace raspando de la raíz como medio adarme y echando en esa cantidad media botella de agua hirviendo, y cuando está tibio se usa como enjuagatorio. Ah! se me olvidaba lo mejor: dígame V. tambien que suspenda las tomas de *nin-zing* cuando el barómetro llegue á bajar dos pulgadas ó el cielo se encuentre aborregado ó sople N. durante la monzon del S. O. porque le podría ser fatal la energia con que obra ese medicamento.

Dicho y hecho: dije, *ce por be*, en extensa carta, todo esto al enfermo, quien á los quince dias del régimen propinado, y observado por él rigurosamente, me escribía con frases de la mas cariñosa gratitud por la revolucion que, gracias al *nin-zing*, había experimentado todo su sér. Posteriormente he sabido que se ha puesto hecho un tudesco por lo gordo y colorado.

Yo sería un egoista sin entrañas si dejase por mas tiempo de recomendar á los lectores mi panacea universal, el famoso *nin-zing*, como dicen los chinos, ó *ginseng*, como dicen la crónica citada y las farmacopéas. Saben ya un caso de curacion obtenida por el uso del *nin-zing*, con el plan dietético que le debe acompañar. Espero con la misma confianza poder comunicarles en breve su eficacia en lo del remozamiento, porque lo estamos tomando varios amigos con toda fé y con mucha necesidad.

Manila: Agosto de 1875.

E. V.

LA ESCLAVITUD EN FILIPINAS.

OBSERVACIONES AL DR. SEMPER.

Esta *Revista*, en su afán de dar á conocer todo escrito de mérito sobre Filipinas, dándole además el carácter de perpetuidad que distingue á las revistas de los diarios, que viven apenas veinticuatro horas, ha insertado en la 5.^a entrega una produccion del doctor aleman D. Carlos Semper, titulada «El mahometismo y el principio del periodo cristiano en el extremo oriente.» Acertada ha sido la eleccion, pues los trabajos del Dr. Semper, corresponden á su reputacion européa; pero la historia ni se escribe en un dia, ni por un solo hombre, sinó en el transcurso del tiempo, y enmendando los cronistas posteriores los errores en que inadvertidamente cayeron los anteriores, sin que esos errores rebajen en nada el mérito de los trabajos en que por casualidad se encuentren. ¿Qué gran escritor podria gloriarse de haber producido una obra perfecta? Por eso, al presentar hoy en esta *Revista* las observaciones que voy á hacer al trabajo del Dr. Semper, protesto de que no me impulsa deseo de criticar con torcida intencion al sabio aleman, pues solo me guia el pensamiento de que allí donde aparece la idea equivocada, aparezca la aclaracion suficiente, con el objeto de que el que consulta la *Revista*, el que quiera juzgar la dominacion española en Filipinas, encuentre todos los datos conducentes á formar un buen juicio.

¿Ya el editor de esta *Revista*, publicó á continuacion del trabajo del doctor aleman unas reflexiones donde, como habrán visto los lectores, se patentiza la gran diferencia, desconocida por Semper, en el modo que hubieron de difundirse las voluptuosas máximas del Alcoran y los sublimes principios del Evangelio; tambien hizo notar la equivocada idea que tiene aquel sabio de las «encomiendas» que cree análogas á los feudos, y

por ende, equiparó á los *dattos* los encomenderos, sin tener en cuenta que si las encomiendas, como toda institucion humana, degeneraron con el transcurso del tiempo (y por cierto que se puso remedio al mal con mayor celeridad que se remedian males análogos en tiempos de mayor adelantamiento) cuando se establecieron, cuando vinieron á sustituir á los *dattos*, segun el Sr. Semper, lejos de ser servidas por hombres como los que por su narracion dá á entender este escritor, lo fueron por criaturas del Gran Miguel Lopez de Legaspi, esto es, por hombres de tan excelentes cualidades, que ya los querrian tener por gobernantes naciones mas adelantadas, por los paternales y bellos sentimientos de su corazon, sinó precisamente por su instruccion. Tambien podia haberse apuntado allí que el Rajah de Manila no tenia una «autoridad que se estendiese por »gran parte de las provincias del centro de Luzon,» como dice el escritor tantas veces nombrado.

Pero el objeto de estas líneas es otro, y solo me hace titubear la idea de tener que rectificar á escritor tan renombrado; mas me alienta la sana intencion que me guia, que es la de no consentir que escritores extranjeros améngüen, siquiera sea inadvertidamente, el mérito asombroso de nuestra dominacion en estos lejanos paises.

El Dr. Semper ha dicho:—«Durante mucho tiempo fueron tratados (los indios) »como «sacopes» tambien por los señores feudales cristianos los *prisioneros de guerra*, perteneciéndoles por completo el producto de su trabajo y *sus vidas*. De estos *esclavos* se fué formando »el pueblo bajo, *sujeto á tributo*, etc.»

Desde luego se deduce de este periodo del escrito de que me ocupo: 1.^o que divide á la casta indígena en pueblo bajo y asistocracia, al estilo de lo acaecido en Europa, y á la verdad que no está muy justificada esta division por

ciertas exenciones establecidas á favor de los «cabezas de barangay» pues estas venian á ser mas una remuneracion de sus servicios y consecuencia de la autoridad de que se les revestía, que un privilegio concedido á ninguna casta especialmente: en todas partes, aun en los países civilizados, las autoridades tienen algunos derechos no comunes á los administrados, pero esos derechos están inherentes al cargo, no á la persona, ni mucho menos á una casta determinada.

2.º Que la gran mayoría de los habitantes, excepcion hecha de los «cabezas de barangay» se consideraron prisioneros de guerra, y con estos convertidos en esclavos, se formó el pueblo bajo; siendo así que el pueblo se formó, no con prisioneros, sinó con los que fueron reconociendo vasallaje al Rey de España, unos en vista de derrotas sufridas y aunque no cayesen prisioneros, y los mas, mediante la predicacion, tanto de los misioneros como de los particulares con quienes conversasen; y este es el gran mérito de la reduccion de los filipinos, que los venció España mejor que con sus armas, con la palabra evangélica.

3.º Que dando mas valor al nombre que á la cosa en sí, toma la palabra *tributo* en el sentido humillante que tuvo en Europa, y no en lo que verdaderamente significó aquí desde el primer momento, pues por su destino y aplicacion aquí, el tributo no ha sido mas que una contribucion directa (mejor ó peor repartida hoy) con que levantar las cargas del Estado filipino mismo: deber de todo ciudadano sancionado en el derecho público de todas las naciones civilizadas.

Pero lo grave, lo que constituye el principal objeto de estas líneas, es que del periodo transcrito mas arriba se puede deducir rectamente que los españoles admitieron como institucion legal *la esclavitud* en Filipinas; y es preciso que los extranjeros sepan que en el siglo XVI, cuando el derecho de gentes aun no re-

chazaba de la manera absoluta que lo hace hoy, la esclavitud, los Reyes de España, anticipándose á su época como en muchas otras medidas, prohibian á los españoles tener esclavos: es preciso que esta Revista diga *urbi et orbi* que el gobierno español, mucho antes de que en las selvas de la Florida se dejaran de cazar seres humanos con el mortífero rifle de colonizadores no españoles, prohibía la esclavitud en Filipinas, sin necesidad de estrañas é interesadas escitaciones de filántropos sospechosos, porque téngase en cuenta que me circunscribo á este hermoso Archipiélago, cuya reduccion «no es comparable á ninguna otra y es el primer y único ejemplo que nos presentan los tiempos» como ha dicho un escritor católico, puesto que á este país se refiere *Semper*, por lo que no voy á recordar las terminantes disposiciones sobre abolicion de la esclavitud en América, dirigidas á Hernan Cortés y al licenciado Figueroa, y las notables palabras que de su *puño y letra*, escribió Felipe IV al Virey y Audiencia de Méjico; ya que la reduccion del Nuevo mundo no puede presentarse, por circunstancias que no examinaré ahora, ante el tribunal de la crítica á la altura de la reduccion de Filipinas; sinó que he de transcribir un real decreto especial para estas islas, que lo vemos estrictamente cumplido, y que es una página de la Historia que debiera estar escrita con letras de oro, con caracteres indelebles; como una muestra de lo que es España ante naciones que quieren pasar por mas filantrópicas; página que yo me envanezco de pertenecer á la raza que la ha escrito en los anales del mundo, y que esta *Revista* se enorgullece de poder hoy transcribir y guardar para sus lectores del Archipiélago, de la Península y del extranjero.

He aquí el Real decreto, dado en 1590, ó sea á los *veintinueve años* de comenzada la reduccion, cuando aun faltaba

reducir á mas de la mitad del pais; firmado por el Gran Felipe II á consecuencia de haberle expuesto el célebre jesuita P. Sanchez que los indios sometidos, principalmente los no católicos aun, querian seguir teniendo esclavos, (pues en cuanto á los españoles, dicho sea en honor á la verdad, nunca fueron *dueños de las vidas* de los indios, como se dice en el párrafo aludido) dice el decreto:

»1.º Manda S. M. que ningun indio *»pueda ser*, ni tener esclavos.

»2.º Que los hijos de los que en la *»actualidad* fuesen esclavos (de los indios) sean libres desde que nacen.

»3.º Que los esclavos nacidos que *»biesen diez años de edad á la fecha de* *»el decreto*, solo continuasen siendo esclavos hasta cumplir los veinte años *»de edad*.

»4.º Que los esclavos mayores de veinte *»años*, á la fecha del decreto, continuasen *»esclavos solo cinco años*.

»5.º Manda, por último, Felipe II *»estando prohibido desde el tiempo de sus* *»gloriosos antecesores tener los españoles* *»esclavos*, que den libertad inmediatamente á los que tuvieren en su poder.»

Y la esclavitud que en el terreno legal no se admitía en Filipinas desde el momento que formó parte de la Corona de Castilla, dejó tambien de existir en el terreno de los hechos, porque la voluntad soberana fué no solo obedecida sino recibida con general aplauso, que en todos tiempos las ideas generosas son admiradas, por ese buen instinto que hay en todas las sociedades. ¿Qué importa que en el breve espacio que es para la vida de un pueblo, veintinueve años, algun español hubiese tenido, pues no dice el decreto que tuvieran, esclavos, si Felipe II, continuando la política de sus «gloriosos antecesores» les manda manumitirlos *inmediatamente y sin indemnizacion*, y todo se lleva á efecto hasta el punto de que no quede memoria de que haya habido esclavitud?

Y no es solo ese decreto; la historia nos dice que á los veinte años de la dominacion se creó el obispado, á los veintitres el protectorado de indios y la Real Audiencia, que juzgase con arreglo á las incomparables «Leyes de Indias» que son, no ya una cumplida defensa, sino un poema de gloria para España y sus legisladores, leyes que no tienen semejantes en ninguna colonizacion llevada á cabo por otras naciones. La historia nos dice que por aquella misma época, el primer Superior de Jesuitas que hubo en el pais, el P. Sedeño, enseñaba gratis á los indios dibujo, y lo que no hay hoy, artes y oficios, y el P. Sanchez proponía á S. M. reformas dignas de estudio hoy mismo, y fueron muchas aceptadas; y se establecian, colegios como los de S. José y Sto. Tomás, y se dictaban por el Gobernador de las Islas, Marqués del Valle, Ordenanzas de buen Gobierno, en que hay mucho que aprender.

Indudablemente la clara inteligencia del Dr. Semper ignoraba todo esto cuando escribía las palabras «Por lo demás, (con la reduccion) no varió *en lo mas mínimo* la organizacion social» palabras gravísimas que rechaza la altivez española y la imparcialidad de la historia y que la *Revista* no podia dejar pasar sin correctivo por mas que reconozca el mérito científico del autor.

Damos, pues, por concluidas estas observaciones que hemos tenido que dirigir al Dr. Semper por errores que si á menudo se incurre en historia, es aun mas fácil cuando se trata de un pais extraño, cuya vida se ha desarrollado velada para el extranjero hasta hace poco, y que debió hacer mas desconfiado al sabio alemán antes de estampar afirmaciones que como las referidas no podíamos pasar en silencio, porque simbolizan un cargo gravísimo para nuestra noble patria y anulan la mas bella página de su historia colonial. Hemos reivindicado para el Gran Rey que la envidia

estraña á querido pintar con la fisonomía de un déspota, y para la religion de que era sacerdote el P. Sanchez proponente del decreto transcrito; hemos reivindicado para la religion católica, toda amor y mansedumbre, y para España toda grandeza y magnanimidad, la gloria que han querido arrebatarla de ser la primera en prohibir la esclavitud en esta parte integrante de aquellos sus dominios en que nunca se ponía el sol. ¡Recuerdos del pasado, que hermosos sois! ¿Qué español hay que no sienta un desvanecimiento de placer, un deliquio de amor hácia esa patria tan querida, tan grande un dia? ¿Que español hay que al evocar esos recuerdos no se sienta regenerado y animado á contribuir á la obra del engrandecimiento nacional? Ah! Dios haga que las esperanzas que se realizen sean tan grandes como los recuerdos del pasado!

P. DE GOVANTES.

RAZONES DEL CÓMPUTO DE POBLACIÓN.

Aparecen en el número anterior de esta publicación, como resultado hipotético, por antiguos métodos, para llegar al conocimiento de la población de estas islas, datos numéricos y un total de nueve millones de habitantes, que han llamado la atención de varias personas ilustradas, algunas de las cuales nos han comunicado sus reflexiones contrárias á varios sumandos, y condensadas en estos tres puntos:

1.º Que la relacion de 6 á 1 entre el número de habitantes en la clase tributaria y lo que se llama tributo entero, es exagerada y se opone á cuanto ofrece la estadística, por censos verificados en las naciones cultas, acerca de la relacion entre las diversas edades ó la duracion de la vida humana; puesto que, pagando aquí tributo á los 16 años las mugeres y los hombres á los 18, esto es, á los 17 en promedio, resulta que existirían en el país dos tantos mas vivientes menores de dichos 17 años, que los de edad superior, lo cual es evidentemente inexacto.

2.º Que tampoco se puede admitir un acrecimiento anual de 2 por 100 en la población, porque solo se advierte en los Estados Unidos, país excepcional bajo este punto de vista.

3.º Que es infundado el 5 por 100 de aumento por errores, ocultaciones y exentos de tributo, en razon á que los padrones se hacen con la debida exactitud.

Acerca de los otros sumandos, todos han sido tachados por exceso ó por defecto, convenciéndonos las observaciones que han inspirado, de que no se pueden impugnar seriamente por falta de datos, y de qué, si deben ser corregidos, es mediante adiciones para las cuales van proporcionando motivos los apuntes que estamos recogiendo acerca de las denominaciones, población y situacion de las diversas castas de infieles ó monteses de Luzon, Visayas y Mindanao.

La cuestion del cómputo de población, cuando sabemos las dificultades de un censo civil en Filipinas, es interesante y merece ser dilucidada con la mayor latitud. Por esta razon, y en tanto otra persona con mas completa preparacion científica y mas datos, no tome á su cargo ilustrarla, expondremos las razones que, si no destruyen, debilitan mucho las ya espresadas contra el cómputo publicado en el número anterior.

Tiene gran fuerza á primera vista, la observacion de que la relacion 6 á 1 entre almas y tributos enteros, ó para simplificar mas los términos, de 1 á 2 entre contribuyentes por capitacion y habitantes de la misma raza que no son contribuyentes, se halla en oposicion con tablas de mortalidad sacadas de diferentes recuentos de población en Europa. Pero toda esa fuerza estriba en dos supuestos igualmente aventurados: 1.º la exactitud de los padrones, y 2.º analogías, que no existen, en escala de edades y en la organizacion y costumbres de la sociedad indígena filipina con las de la sociedad europea.

En cuanto á lo primero, basta conseguir que en dos años, y por consecuencia de buenas disposiciones administrativas para la exactitud de los padrones, coincidiendo con visitas domiciliarias en la capital y en otros puntos, y severas medidas contra la vagancia, para cuya calificacion y subsiguiente condena de deportacion, se tomaba por indicio el no aparecer el presunto reo empadronado; por todas estas simultáneas y muy ejecutivas resoluciones, se obtuvo en los años de 1850 á 1852 un aumento de 25 por 100 en los padrones. No hay que olvidar que la relacion

que se impugna es de 2 habitantes que no pagan, en frente de otro que paga capitacion, no de personas en igualdad de circunstancias fiscales.

La organizacion de la familia esplica mas principalmente esa relacion. Entre los indigenas la muger tiene tanta ó mas parte que el hombre en cuidados y trabajos para allegar medios de subsistencia. De ahí que no se conozca el celibato por cálculo, ó necesidad, como tampoco se conoce por refinamiento de costumbres. Desde los 18 ó 20 años de edad en adelante, apesar de que los padrones consignan solteros, estos, en su mayor parte, y principalmente en los pueblos de numeroso vecindario, constituyen familias ó parejas ilegales, aunque indebidamente toleradas por la opinion. Y estas mugeres, que figuran como solteras, no envian sus hijos á las inclusas, donde perece mas de un 50 por 100 antes de cumplir un año, sinó que los crian como en los matrimonios legítimos. Dan los censos de Europa de 60 á 65 por 100 de solteros y viudos; y en cuanto á nacimientos ilegítimos, de los cuales va gran número á las *inclusas*, la relacion con los legítimos es espantosa en algunas partes. Aquí tiene otro aspecto esta lamentable fase de la sociedad, porque no trae por consecuencia ni vida separada ni abandono de la prole, aunque si y siempre, graves males para la moral.

Las consideraciones expuestas sobre mayor número relativo de familias, legales ó ilegales, sin conocerse los *expósitos*, y la mayor facilidad con que las clases proletarias se aseguran la subsistencia, segun sus escasas necesidades, apoyan la citada relacion tan importante para el cómputo.

El esmerado recuento verificado por Don Luis Riquelmi, en 1855, en las familias de naturales y mestizos de Binondo, que ofrecían un total de 21002 individuos, de los cuales 10317 varones y 10685 hembras, presentaba en la clasificacion por edades, que las personas con mas edad de 40 años eran el 18¹/₅ por 100 de la poblacion total. Esa proporcion en Europa está entre 43 y 50 por 100. Los estadistas están conformes, por larga série de hechos comprobados, que cuanto mas corta es la vida humana, segun promédios, mas repetidos son los nacimientos.

Ha parecido excesivo el 2 por 100 anual: pues bien, segun Rau y Dupin (*) se observa en algunos paises el siguiente aumento anual de poblacion:

Irlanda—2'45, que dobla la poblacion á los 28 años.

Hungria—2'40, idem.

Prusia—2'70, idem á los 26.

España—1'46, idem á los 41.

Francia—0'63, idem á los 110.

Faltándonos aquí los estados generales de nacidos y muertos, tomamos los de dos solas provincias, de las mejor administradas y mas pobladas, las de Cebú y Bohol unidas, segun se publicaron en las *Guias de forasteros* de tres años que tenemos á la vista:

AÑOS.	TOTAL DE HABITANTES	NACIDOS.	MUERTOS.
1850	357,821	15,335	3,692.
1856	378,713	17,336	7,530.
1862	458,541	22,786	8,552.
	1.195,075	55,457	19,774.
Promédios.	398,358	18,485	6,591.

En estos promédios resulta una diferencia de nacidos sobre muertos de 11,894, que son el 2'96 por 100 de la total poblacion, segun estados oficiales formados por los párrocos y los gobernadores.

Este mismo aumento anual de la poblacion, por diferencia entre nacidos y muertos, aproximándose al 3 por 100, lo ofrecen casi todas las Visayas. En Luzon, por el contrario, pocas provincias llegan al 2 por 100, pero casi todas pasan del 1¹/₂; á escepcion de los arrabales de Manila que ofrecen en algunos años, segun la *Guia*, mas muertos que nacidos, lo cual no impide el progresivo aumento de su poblacion; sirviendo este dato para desconfiar de esa que suponen muchas personas pauta infalible del censo.

En un recuento minucioso, tal vez el mas esmerado que se ha hecho en Manila, á mediados de 1855, bajo la direccion del ya citado Don Luis Riquelmi Secretario entonces de la Superintendencia de Hacienda, y para el cual fueron tambien consultados los libros parroquiales, encontramos el siguiente estado:

Comparaciones entre las proporcionales de nacidos y muertos en Manila (Intramuros.)

	PROPORCIONES CON		
	ESPAÑOLES.	INDIGENAS.	TOTALES
Nacen al año.	4'38%	4'96%	4'83%
Mueren . . .	1'68%	2'72%	2'48%
Aumento de poblacion. .	2'70%	2'24%	2'35%

Como otro estado debido al mismo recuento, acusa 6323 indios y mestizos intramuros,

(*) Quetelet. *Essay de Phisique sociale*. T. I pág. 292,

y de ellos, solo 963 casados, resulta comprobado lo que decimos mas arriba sobre las uniones ilícitas y sus consecuencias en este país, tan distintas de las que se observan en Europa. No hay ciudad en el mundo con tantos solteros, relativamente, como esta, y que ofrezca iguales cifras proporcionales de nacidos y muertos, porque, en Europa, y donde quiera son numerosos los nacimientos ilegítimos, tambien se presentan cifras lamentables de mortalidad.

Las proporciones, en promedios de diferentes comarcas, relativas al estado civil de las personas son, en Europa, las que espresa la primera línea del cuadro que sigue, y á continuacion de ella ponemos las que resultan en los censos hechos por Riquelmi en Manila y Binondo en 1855. Por cada 100 individuos:

	SOLTEROS.	CASADOS.	VIUDOS.
En Europa.	50	40	10
En Manila.	80	15	5
En Binondo.	67	21	12

En Europa hay doble número de viudas que de viudos. Aquí es casi triple el número de las primeras. Las cifras de Manila y Binondo corresponden solo á indios y mestizos.

Debemos consignar que la relacion entre casados y solteros es muy diferente en las provincias: Manila y Binondo son escepcionales, y solo empleamos sus cifras porque no abarca mas el censo de Riquelmi.

En los pueblos rurales, merced á la mayor inspeccion que los párrocos ejercen sobre las costumbres, es raro el concubinato y escásimo el número de solteros mayores de 25 años. Manila y Binondo son centro de inmigracion y poblacion flotante numerosa, así indígena como asiática, suministrando datos estadísticos bien poco satisfactorios, como todos los pueblos en identidad de circunstancias.

Como última prueba de lo fundado que era nuestro aumento anual de 2 por 100 en el cómputo de poblacion, copiamos un estado que se encuentra en la página 255 de la *Guia de forasteros* de 1843.

Estado comparativo de tributos en los dos quinquénios de 1826 á 1835.

AÑOS.	TOTAL DE TRIBUTOS.	AUMENTO.
1826	468,367	»
1827	478,965	10,598.
1828	487,317	8,352.
1829	499,772	12,455.

1830	507,859	8,087.
1831	518,232	10,373.
1832	525,103	6,871.
1833	531,356	6,253.
1834	540,484	9,128.
1835	551,815	11,331.

Las cifras que preceden arrojan un promedio anual de 1'83 como aumento por cada 100 tributos: es decir, abarca solo la poblacion contribuyente, mas no la de menor edad cuyo número proporcional ha aumentado posteriormente á la par que el comercio y las subsistencias.

Aceptado pues el 2 por 100 como aumento normal en cada año, es curioso saber en que tiempo se duplicará la poblacion de Filipinas, cuyo cálculo es el del interés compuesto y á dicho tipo, á saber:

1875	9.000,000.
1880	9.936,722.
1885	10.970,940.
1890	12.112,798.
1895	13.481,744.
1900	14.884,930.
1905	16.434,162.
1910	18.144,638.

Se necesitan, pues, 35 años para que duplique su número la poblacion de Filipinas, plazo excesivo atendidas diferencias entre este país y Europa. Java tenia 7.000,000 en 1836 y hoy cuenta 18.000,000, siendo, lo mismo que Filipinas, una de las colonias en que las razas indígenas aumentan, porque todas las de la Polinesia, sin exceptuar nuestras islas Marianas, están en decadencia, amenazando algunas, como la famosa Otaiti, con la estincion completa de su primitiva poblacion.

Solo despues que conozcamos la tan autorizada opinion de algunos gefes de provincia y Párrocos, podremos aceptar alguna modificacion en el antiguo cálculo de 5 por 100 por exenciones y ocultaciones, que tambien ha sido impugnado en el cómputo del número anterior.

Creemos demostrado que las tablas de mortalidad de Europa no dan las proporciones de vivos en Filipinas; así como que la sociedad civil presenta aquí diferencias tan esenciales, que harán doblemente meritoria toda bien dirigida tentativa hácia el conocimiento de su espresion aritmética; inspirando entretanto mucha desconfianza las fórmulas generales halladas en Europa por los estadistas, si se trata de aplicarlas á este país.

Manila, Setiembre de 1875.

J. F. DEL PAN.

ENTRE EL MAYON Y EL ISAROG.

(Continuacion.)

De Julia.

Eso es caballero: despues de haber alterado mi tranquilidad es muy poético decir que os retirais. ¿Con que, porque soy rica, quereis renunciar á vuestra pasion? ¡Pobres de nosotras, espuestas á elegir esposo entre los hipócritas avarientos, ó á aceptar un marido impuesto, con tal que sea un gañan con pretensiones de galantería! Arturo, Arturo, no me abandoneis. Esperaré cuanto querais.... Escribidme siempre, siempre.... Todos los lunes os veré en casa de mis amigas.... Guardaos de mi hermana.... Os escribiría mucho mas, pero temo ser sorprendida. Adios. Amadme como os ama vuestra Julia.

Esta tarde iré á la alameda.

De Arturo á Julia.

Lo quieres; sea: soy tuyo. No, no te abandonaré. Tu carta ha inundado de gozo mi espíritu. En los tres renglones escritos con mano trémula, hay mas sencillez, mas candor, mas verdad, mas elocuencia que en esas bordadas frases de que tanto nos pagamos los hombres. Y es que las mugeres han aprendido la lógica de los ángeles. ¿Aman? Lo revelan en un gesto. ¿Desdeñan? Lo dicen en una palabra. ¿Las domina ó las abruma el dolor? Callan, sufren, invocan á Dios.

Penosa y dulce tarea la que me impones; penosa, porque no puedo hablarte mas que una vez á la semana, y eso delante de tus amigas, bellas y desgraciadas, sin amantes, y que no pueden menos de sentir mi predileccion por tí, así como no podrán menos de atribuirle á la riqueza; penosa, porque me habré de contentar el resto de los dias con mirarte, bello ángel mio, sin dirigirte una sola palabra, y hasta sin rozar levemente la falda de tu vestido; penosa, porque cada dia, cada hora estoy presintiendo el dedo de la Providencia dispuesto á ponerse delante de mí y señalarme el oriente del camino, repitiéndome: *marcha!*

¡La ausencia, Julia mia! ¡Ah! ¿sabes tú lo que es la ausencia? Diera yo los tres años de vida que me faltan para mejorar mi posicion social, con tal de no verme obligado á separarme de tí. ¡Cuánta fé se necesita para saber guardar la fé! ¡Qué de calumnias se amontonan para debilitar la fuerza de un

sentimiento! ¡Cómo se afea con una máscara la hermosura de la verdad y se engalana de oro y pedrería á la infame mentira! ¡Qué de seducciones nos rodean; qué de fantasías nos agitan! No quiera Dios que me ausente, y si me ausento, te conserve la fé como yo te juro la mia.

Es tarea dulce la que me impones, porque la idea de tu cariño comunicará á mis pasos la grata celeridad de la pasion; deslumbradora la esperanza, me señalará los horizontes que he de recorrer; me será posible, al escribirte, seguir emocion tras emocion las impresiones que me inspiras; veré todas las tardes, á cada vuelta en la alameda, retratado en tu semblante un pensamiento, comunicada por tus modales una idea, y sentiré respirar en los rayos de tus miradas el calor de tu alma; y la oposicion de tu hermana, y la resistencia de tu padre, y los empeños de los pretendientes á tu mano, componen una série de dificultades dignas de ejercitar el ingenio, de hacerme gratos los dias, y de dirigir á nobles esfuerzos los arranques del amor propio y de la pasion.

Voy á emprender esa cruzada del amor; y quiera Dios concederme todo el tiempo necesario para vencer. Grande es la lucha. Tu hermana representa los intereses complexos de la familia; tú padre el fanatismo de la riqueza con las pasiones noviliarias, con el egoismo, con un cariño severo y sordo hacia tí, que no le permiten oír las reflexiones de tu buen juicio; los pretendientes autorizados, los pretendientes á la moda, á quienes no conozco todavía, es seguro que representan, si se atiende á las miras de tu padre, el desden contra la pobreza, y esa soberbia social que no reconoce otra medida de los afectos que la aritmética rebajada del orden moral, ó la vanidad de los títulos, ó el estrecho orgullo de una parte de la aristocracia bursatil, ó el arte del buen parecer con preferencia al principio del buen sentir. No aman: piensan, calculan. El objeto del matrimonio es en ellos un accidente de la vida; pero saben bien lo que es capital, y si fueras menos bella y menos virtuosa, te querrían lo mismo, á no ser que un acontecimiento imprevisto te redujese á la mediania del bienestar, lo cual reduciría tambien acaso á cero el número de esos amantes, con sorpresa de tu virtud.

Los hombres, hermosa mia, se han matado durante muchos siglos para mejorar las leyes que aseguren la existencia de la familia y del capital; y apenas si han hecho una

sola ley conservadora del amor y que consagre el libre arbitrio, la pureza de los afectos. Ese dechado de la creacion, la muger, esa fuente de creencias y de pasiones, el hombre, hallan siempre sembrado de dolorosas espinas, de vallas peligrosas, el camino por donde discurren los sentimientos mas immaculados.

Hay que someterse á ese modo de ser de la vida social, y tú me ayudarás á evitar los rudos embates de los intereses humanos, y á que podamos evitar los del destino. Somos dos para combatir, peleamos unidos, circunstancia que aumenta mucho la fuerza: nos sobra la fé y venceremos. Tuyo—Arturo.

De Julia.

Bien, señorito: estoy tranquila, porque estamos de acuerdo. Tén fé en mi. Mi padre sospecha que tengo relaciones con un hombre desconocido y aventurero, y se dá mucha prisa á ir y venir á cierta casa de un amigo suyo, donde habita un jóven que hace tiempo me hace la corte y al cual profeso una invencible y secreta antipatía. He aquí el principal fantasma que has de vencer, y tú no mencionas los fantasmas entre esa série de dificultades de que me hablas y que tanto me asustan. Convendrás amigo en que es difícil habérselas con ciertos enemigos.

Te extrañó el otro dia mi sonrisa á las señas que me dirigen mi amigas. ¡Suspiras! En tu semblante se retrataban las dudas. No puedes disimular tus impresiones tratándose de mí, y te lo agradezco; pero señorito, no le perdono á V. esas dudas. Julia es tuya ¿lo entiende V. de una vez? ¿Acabaremos de comprendernos? Pues bien, voy á decirte la causa de la risa.

Sin necesidad de esa triste ausencia, á la que das tanta importancia, han llegado ya á oídos de mis amigas, y hasta de mi padre, especies injuriosas acerca de tí. Dicen que juegas; dicen que sostienes relaciones con una provinciana; dicen que eres un jóven viejo; dicen que tu sola pasion es la avaricia; dicen, y esto es lo peor, que estás malo. Yo que leo en tu corazon y que penetro toda tu alma, como si te poseyera ya, me he reido mucho con esas calumnias, de las cuales solo doy algun valer á la de las relaciones con la provinciana, las que tú me esplicarás, satisfactoriamente, estoy segura de ello; pero han llamado mi atencion por el nombre que lleva la aludida: es tambien el de Julia. ¿Sabes que sería original que todas las Julias se enamorasen de tí? ¿A donde irías á parar con se-

mejante harem? Ah! Yo estoy segura de que si conociera á tu primera Julia seríamos amigas y no tendríamos celos. ¡Tanto te amo!

Mi padre ha preguntado quien es uno que me mirá mucho en la alameda y que se pone colorado cuando me saluda. Como tú paséas con el hermano de mis amigas, no he tenido inconveniente en decirle que te conocemos de verte en casa de estas, contestacion que le hace meditar un poco. Como yo no puedo reprimir siempre la emocion que me causa el verte, es posible llegue á sospechar que tú eres el desconocido objeto de las distracciones y melancolías en que alguna vez me sorprende; y mi hermana, bastante lista para que haya dejado de apercibirse de nuestras relaciones aparentes, ya le habrá informado de tí con insidia, como no lo hubiera hecho á haberte tu enamorado de ella. ¿Sabes tú que me habla de tí como de un hombre que la conviene mucho, porque dice que eres muy formal, y que yo necesito un novio mas alegre que tú? ¡Desdichada! Está de Dios nuestro desacuerdo. No es de mi cielo.

Adios; si el lunes no voy á casa de mis amigas, atribúyelo á precauciones de mi padre. Renuncia Arturo, renuncia á esperar esos tres años para mantenerme decorosamente. Con tu sueldo, y aunque sea preciso que yo trabaje, viviremos, no con pan y cebolla, sinó con pan y carne, con virtud y con honor; y Dios ó el tiempo se encargarán de mejorar nuestra suerte, y de reconciliarte con mi padre: deja esa lucha contra intereses tan poderosos, y acógete á esa única ley protectora que tanto nos favorece. Depositame.

TUYA JULIA.

A Julia.

La esparaba; era demasiado dichoso para que dejase de aparecer. Detrás de los pasatiempos inocentes, acechando á los amores puros, cerca siempre de la virtud, por entre las cortinas del lecho nupcial, delante de las desgraciadas que sucumben á una pasion avasalladora, por las rendijas de los gabinetes en donde se desparcen los amantes en dulces coloquios, la calumnia, la vil calumnia se abalanza con su dedo negro, con su sardónica sonrisa, con su gesto diabólico, con su actitud hipócrita, invocando á la sociedad, siempre en su mano el látigo, la crítica; colgados en sus narices anteojos de aumento, la hipérbole; en su cabeza un súcio gorro con cascabeles, la difamacion. Te doy las gracias

por tu buen juicio al desechar á ese asqueroso personaje, y voy á explicarte las relaciones de esa Julia con quien dicen estoy en relaciones.

He amado á una Julia y he sostenido relaciones con ella durante un año. A los pocos dias de llegar aquí recibí esa carta que te incluyo contestada, y que determinó el fin de nuestra correspondencia. Ya ves que el vulgo nunca conoce mas que una verdad estraviada y caduca.

Hace tres meses contestaba que mi posicion no me permitía casarme todavía, y su padre y ella han consentido ya en desistir de mí. De ese amor no quedan mas que cenizas; mas por respeto á esa memoria y para satisfaccion de mi conciencia, me prohibirás, virgen de mi esperanza, adelantar un solo paso para el mas pronto logro de nuestro amor. Tú no querrás que digan de mí, y con fundamento, que no ha cambiado mi posicion para abandonar así á una pobre, y ha cambiado, sin cambiar, para ser tu marido. Tú, tan buena, tan justa, comprenderás los escrúpulos de esta virtud.

Espera, alma de mi vida; no temas la influencia poderosa de tu padre; no temas mi ausencia. Ten corazon y espera.

—
A Julia.

Apenas cerrada la carta anterior ha entrado en mi cuarto un portero, trayendo en sus manos un pliego cerrado: me traslado á ochenta leguas de distancia, á las playas andaluzas, á orillas del mar.

¿Lo ves Julia, lo vés? El destino es implacable y la voluntad se anonada en el estrecho círculo donde la permiten girar. Compadécemé; nos asiremos á esa fuerza del alma para no zozobrar en el mar de la vida. ¡Quiera Dios concederte firmeza bastante que oponer á las instancias y coacciones paternas, á los verdaderos y á los falsos apasionados que te se presentarán! Los dos somos jóvenes; bien podemos esperar.

No creas, á pesar de esta resolucion, que he dejado de pensar, ¡infeliz de mí! en ese supremo recurso que me aconsejas en tu carta. ¡*El depósito!* Tan fuerte es mi dolor que tal vez, si te hubiera tenido cerca de mi, me hicieras faltar á lo que tú y yo debemos al recuerdo de la primera Julia. ¡No, pensamiento mio, alma de mi alma, idealismo de un amor perfecto! ¡No faltaremos á esa triste memoria, y no me seguirá, unido á tí, esa maldicion justa de un corazon

indignamente ofendido! Si las palabras meditadas y sentidas en el fondo de la pasion y pronunciadas ó escritas para suspender un alma en el curso de la vida, no se respetan ¿á que blasonamos de caballeros, y qué quedará de puro en nuestra conciencia?

Es temible, sí, esta situacion en tan pocos dias formulada para pasar de los deliquios de la mente á zozobras continuas; del sosiego dulce de la pasion á las tormentas de la misma; y es triste haber de reducir de repente el poema de cada dia á una epístola de cada mes, interponer ochenta leguas durante tres años entre los que se podian ver de cerca todas las tardes, como si no fuera ya bastante desdicha durante tres meses y al despedirse, no poder estrecharte entre mis brazos ni tocar tu mano trasparente y ardorosa. Hemos vivido hasta ahora en el idealismo del cuerpo y del alma, y solo nos quedan, hasta volvernos á ver, las regiones de la fantasía. Así te me representas ya trasfigurada ante mi idea y ante mi vista, como aquellas vírgenes que pintó Murillo, si las viéramos volando al cielo entre las nubes transparentes de Rubens. Diviso en torno de tí una aureola de armoniosos colores, y parece como que me saludas con tu graciosa mano y con tu espresiva sonrisa al alejarme. Vagas flotando; tu semblante se oculta; tal vez lloras; una niebla blanquísima me vela tu vista. ¡Ah, Julia, Julia! esa niebla es el velo de nuestra primera entrevista; ruega á Dios no se cierren sus pliegues hasta la muerte. Adios, adios!

—
Siguen tres cartas de Arturo á Julia no contestadas y probablemente recogidas por el padre de Julia.

—De Julia.—

Te he creído distraído en seis meses que no sé de tí. No importa, Julia te ama siempre. Sospecho que mi padre ha de haber sorprendido cartas de los dos. ¡Dios mió! soy muy desgraciada! ¡Si viéras que semblante me muestran él y mi hermana!.... Quieren casarme, y antes de semejante consentimiento deseo saber si existes, si me amas y si estás decidido á oponerte conmigo á esa exigencia ridícula respecto á un hombre á quien no amo, ni apenas conozco. Adios, adios: tuya siempre, Julia.

El sobre con las adjuntas señas.

De Julia (*el correo siguiente.*)

Caballero:

No ha habido tiempo para recibir contes-

tacion á mi anterior, y como ha trascurrido mucho sin recibir carta de V. no me he atrevido á confesar á mi padre nuestras relaciones cuando me ha propuesto, enfermo y quejumbroso, que dé la mano al hombre á quien me destinaba. Le he dado mi palabra, y esta es ya sagrada delante de Dios y de los hombres. Solo espero que me remita V. mi carta anterior y esta. Se lo suplico. Quiera el cielo que sea V. feliz!

— ¡Doctor, doctor! no leáis mas; esa transformacion parece imposible. Esa muger merecia una contestacion bien dura.

— Tampoco tengo mas que leerlos. Mi contestacion no fué dura. Metí bajo un sobre las dos cartas que me pedia, y se las remití, sin escribir una sola palabra mas. No injurieis el sacrificio. No era una muger, era un sentimiento, era el idealismo del amor y de la pureza encarnados: entregó su cuerpo, pero no su alma.

— ¿Sabeis doctor que sois admirable? ¿Así se defraudan las esperanzas mas legítimas y las promesas mas solemnes?

— Nada se violenta en el orden moral como en el orden físico sin que se produzca ó un accidente ó una explosion. Sois un jóven muy cándido cuando no alcanzais las consecuencias de esos sacrificios. Para ser casada no se necesita del amor; basta el deber, aunque este sin aquel trasmite la acritud del sentimiento y caracteres rígidos y secos, y aunque muchas veces se quebrante el deber por causas aparentemente extrañas.

— Bien; esos son los accidentes.

— Sí, pero las mas veces se verifica la explosion: los cónyuges se separan, ó resulta un drama judicial, ó una agonía dolorosa, ó la muerte. Esto último fué lo que sucedió con Julia. Pocos meses despues de consumado el sacrificio suyo y el mio, quiso mi destino fatal burlarse de mí, volviéndome á hacer pasar por la ya triste ciudad donde conocí á esa singular muger. Una especie de intuicion me guió por un camino extraviado fuera de la poblacion, y entré en un recinto arbolado, internándome por sus calles orilladas de sepulcros, y al fijarme ante una lápida, leí el nombre de Julia...! Despues pregunté la causa de su muerte....

— ¿Y que os dijeron?

— Lo que dice siempre el vulgo. Murió de calenturas. ¿Qué importa el saber porqué se produjeron? Esto, cuando mas, podrá ser un dato para el médico. Las convulsiones producidas por el pensamiento, las erupciones

morales brotadas de las mil causas que comprimen la voluntad, ni se estudian bien, ni se contienen bien por los que mas interés tienen en evitarlas: por las familias. Muchos casos de esa naturaleza constituyen al fin una fuerza social perturbadora, que se coloca en frente de la sociedad legítima y entabla con ella una lucha siempre lamentable; y esta lucha asemeja en el mundo moral á los fenómenos que acabamos de presenciar en el mundo físico.

— Bien doctor; esta vez me habeis convencido; y eso que dudaba mucho de que pudiera existir paralelo entre los fenómenos del mundo físico y los del mundo moral. Permitidme ahora felicitaros por vuestro nombre que no conocía. Ha sido preciso oír la historia de vuestro segundo amor para saber que os llamais Arturo.

— Sí, nombre de novela, que ha estado en moda mucho tiempo. Los padres, llevados de su amor á los hijos, no recapacitan en que esas gratas denominaciones han de servir para llamar al viejo como para llamar al niño, y llega así un periodo de la vida en que es ridículo para quien le lleva ese nombre novelesco. Por eso prefiero que me llameis doctor, D. Previsiones, y cualquiera otra cosa, á que me llameis Arturo, que no sienta bien á un hombre de mis años.

EL MONTE ISAROG.

Un río muy sinuoso, emboscado entre verdura, y una laguna donde deságua aquel, estensa como Madrid, de agua pesada y sucia, que permite formarse á flor de agua grupos de plantas, haces de hojas y hasta isletas de aparente solidéz, dividen á la provincia de Albay de la de Camarines Sur. Tambien se puede ir á Camarines siguiendo la orilla derecha del río y rodeando la laguna, y todavía á distancia mas paralela, mas á la derecha, hay una senda cazadora, de monte y llano.

El primero de estos caminos conduce á Batabato, primer pueblo de Camarines, por esta frontera, y los otros é ese punto ó á Iriga.

Y ciertamente es poco feliz la denominacion de *Camarines* á una provincia de las que cuentan menos. Camarines Sur contiene mas de treinta curatos con poblaciones de casas, no de camarines, y un sin número de bárrios y de visitas. Gesner no ha cantado prados mas verdes, laderas mas agradables, colinas mas risueñas que las bandas intermedias y colindantes de esta provincia. Es-

trechan á los pueblos llamados de la Rinconada, por hallarse recostados en las onduladas de la falda del Isarog, envidiables campiñas que reclaman inteligente cultivo, praderas numerosas que solicitan buenos establos. No abunda el azúcar como en la Pampanga, ni el café como en Batangas, ni el añil como en Ilocos; pero sobran abacá, yeguadas, caraballadas, vacadas, y hay algunos arrozales.

Su irregular superficie se enclava entre dos mares y todo el territorio es hermoso.

¡Ay, si pudiera competir con Albay en calzadas, en puentes, en cultivo!

¡Y si fueran solo esas faltas!

Porque, despues de todo, hay una cosa sombría, muy sombría en Camarines Sur. El volcan Mayon es el padre de Albay, severo á veces, en sus momentos de indignacion, como todos los padres; mas consiente el bienestar y el aumento de las poblaciones, y tal vez por su especial calórico toman ese brillo las hebras del abáca, tan fecundas en esos terrenos de anchos poros que abundan en la proximidad de las conmovidas tierras filipinas; en tanto que Camarines, con su Rinconada y todo, no conoce mas que á un padrastro: el monte Isarog.

Y es posible que el Isarog (1) haya sido volcan, porque aislado se ostenta como el Mayon, y en su laberinto de altas lomas, si crece abundante la vegetacion pobre, mas arriba solo se divisan peñascos, y se sospecha que en el fondo de la altura exista una pequeña laguna, cuenca de una hoguera apagada; pero hoy no es volcan: hoy es el Isarog un laberinto de bosques y una série de barrancos; hoy se esconden entre sus verdes senos y cortaduras recónditas, gente mal avenida con la sociedad, ladrones de todas calañas, negros aetas, igorrotos del Sur, remontados. Sus desafueros actuales han ocasionado recientemente una batida, y la batida ha impulsado á reducirse unos cincuenta para formar vecindario cristiano. Pero esto no basta: el Isarog no ha dejado por eso de ser un temor para el propietario y el terror del aldeano pacífico. Es preciso colonizar con poblacion de las llanuras esos sitios agrestes; es preciso implantar en esos derrumbos las hermitas de la cruz y llevar visitas (2) á parajes determinados y accesibles; y luego aumentarán

(1) Algunas obras de viajeros por Filipinas señalan á Isarog como volcan.

(2) Se llama así en los caserios filipinos al vecindario poco numeroso para constituirlo en pueblo, y en el cual hay alguna capilla que visita y donde celebra el párroco inmediato el dia del Santo patrono.

ese gérmen civilizador los operarios procedentes de empresas mineras, los industriosos ganaderos, las bandas de pescadores. Entonces el Isarog se convertirá en padre de la provincia.

Son tres los frentes mas perfilados del Isarog.

El próximo á Nueva Cáceres es un vasto arco de círculo; lo menos la cuarta parte. Semeja á aquel contorno de la Divina Comedia del Dante donde todos son precipicios que se conmueven, árboles que son ideas, soledades donde se oyen estraños rumores, sonidos que aterrarian á un hombre trabajado por el remordimiento.

«Ed cadde commo corpo morto cadde.»

El círculo, por la parte de Lagonoy, aunque interrumpido de barrancos cubiertos de espesura, con amenazantes promontorios de bosques, oscuro, sombrío, es tal vez donde ofrece puntos mas accesibles, verdaderas puertas de ese pequeño infierno:

«Per me se va tra la citta dolente,

«Per me se va nell eterno dolore,

«Per me se va tra la perdutta gente.»

El tercer círculo difiere mucho de los anteriores. Dá al mar, á la bahía de S. Miguel, y presenta grandes escarpas. Se ve el monte en sus coyunturas, en su fuerza peñascosa, en su salvage desnudéz. Era una fresca tarde; mirábamos desde un bote la nebulosa cabeza del coloso, destacándose de un horizonte de nubes pálidas; ni un barco pescador atravesaba la vasta superficie de las ondas; ni un solo habitante divisaron nuestros ojos en la estensa mole del monte. Parecíame oír ante aquel espectáculo melancólico los lamentosos sonos de la poesía de la montaña.

La lira de Ossian resonó un dia

En tu breñosa cumbre.

Tierna melancolía

Vertió en la soledad, y repetiste

El éco de un amor lánguido y triste,

De su amada en la tumba.

—¡Dante! ¡Ossian!.... No apruebo vuestra manía de las comparaciones y de las citas, exclamó el doctor, despues de oír los anteriores versos. Pues me quereis por censor, he de serlo duro y justo, si puedo. De todos los altos bosques enmarañados, de todos los montes, umbrosos abajo y enrocados arriba, se puede decir lo que decís del Isarog. Se conoce que vibran en vuestro cerebro esas imágenes bellísimas y ajenas que pugnaís por aplicar á todo, y que no son mas que reminiscencias en vuestra memoria. En las compa-

raciones y mas en las imágenes, ó ha de percibirse el color local ó la exactitud plástica. De otro modo, vale mas no buscar símiles. Traer aquí á Dante cuando visita el infierno, y á Ossian acordando el arpa ó la lira en las desoladas montañas de Escocia, es un anacronismo. Si dijérais por ejemplo que el Isarog ofrece á la vista todas esas bellezas naturales primitivas, que va destruyendo poco á poco la mano de la cultura, no seriais poético ni romántico, pero si mucho mas sencillo y verdadero.

—Llamais manía á mis comparaciones, y la manía supone frecuencia de actos semejantes. Debo advertiros, doctor, que no he abusado en lo que llevo escrito, de esa gala literaria.

—¡No habeis abusado!... comparásteis las brumas de Legaspi, vistas de noche, desde el mar, á un aquelarre de brujas, llevado de vuestra acalorada fantasía. La posicion vuestra en el parao se os representaba un suplicio en los calabozos de la edad media, sin reparar lo enorme de la diferencia; por que en aquellos calabozos no se sentía el puro ambiente del mar. De mi mismo haceis una especie de Neptuno por mi actitud cuando miraba el cariz de las olas. Despues se os antoja compararme al piloto de los argonautas, á Roger de Lauria, á Hernan Cortés, á todas las virtudes, único medio de que el que os lea dude si poseo alguna. Os acordais de Mirabeau para aplicar las imágenes que usaba. Veis una alameda salvage y traeis á simil las artificiales de Versailles; y quereis que la luna se muestre á la par de una erupcion, y llamais al fuego lluvia de oro, y preferís ¡cosa inaudita! las funciones de pólvora al sorprendente cuadro del volcán en actividad.

—¡Gran memoria, doctor, gran memoria! pero no olvidéis que en pintura como en literatura es precepto hermosear el asunto, poetizarlo, porque la verdad por sí sola es fria.

—Sí; y por hermosear la verdad la trasfiguran el poeta y el literato. Son bellas para ellos las espinas, las berrugas, los defectos y se inclina el curioso al feo moral: han hecho de un bandido un ser admirable. Los literatos, en especial, desfiguran hasta su propio pensamiento. ¡Ay amigo mio! nuestro retrato de dias debe relegarse siempre al gabinete, y no enseñar al público mas que el retrato de trabajo, el diario, el verdadero, para que no establezcan vuestros amigos comparaciones odiosas entre lo que sois y lo que representais.

Confieso que tan francas observaciones me llegaban al alma, y despues de morderme los labios ofrecí enmendarme.

Además, repuso entonces el doctor, habeis olvidado lo mas importante, tratándose de los tulisanes del Isarog. La riqueza de estas tres provincias del Sur consiste en el abacá y en la ganadería. Menospreciado aquel precioso filamento, y con poca seguridad el ganado, atraviesan estos campesinos una situacion difícil.

—¿Y en que puede consistir el menosprecio del abacá?

—Preguntad á los economistas, y os dirán que en la falta de demanda, esplicada por la oferta de otros filamentos, ó por el menor uso de las manufacturas urdidas, ó por la subida de los portes de conduccion, ó por la falta de capitales, ó por haber desmerecido la calidad, ó por todas estas causas juntas. Y si os dirigís con esas razones á los plantadores, se quedarán con la boca abierta y optarán por sembrar café ó azúcar, para que mañana les suceda lo propio que con el abacá. Y entretanto el arroz, este delicioso pan de los trópicos, halla limitados sus plantios en estas cuencas, cuyas lagunas deben desecarse ó compartirse, para regar con ellas campos que se puedan cultivar al mismo tiempo que el abacá.

Y no solo hace falta el arroz para hoy, sinó el arroz para mañana, la prevision propiamente dicha, á la que no satisfacen hoy lo *pósitos* tradicionales de España, sinó los *pósitos* que basten á un año de alimento á toda la poblacion. Cuando mueren á cientos de miles en Europa y en el Asia inglesa las víctimas de las crisis agrícolas é industriales, es hora de pensar en la forma permanente de prevenir esos males y en conocer las verdaderas fuentes de la Economía Política, ya que han dado en llamar así á la ciencia del trabajo.

(Se continuará.)

S. M.

ESCURSION

Á LAS LAGUNAS DE BAY Y TAAL.

EN 185....

I.

Preparativos, prevision y precauciones... ..
inútiles.

Poco tiempo despues de mi llegada á estas islas, vino un dia á parar á mis manos, por casualidad, una breve descripcion del vol-

can de Taal, hecha años antes por un aficionado, que parece tuvo la curiosidad de visitarlo. La lectura de aquel manuscrito fué un incentivo para reavivar el deseo que desde muy joven tenía de ver alguno de estos fenómenos geológicos que tan generalmente conocidos son, por las descripciones de geógrafos y naturalistas, como poco vistos en realidad, á causa del peligro y dificultades de que están rodeados, y de que no en todas las regiones del globo se ofrecen ocasiones de disfrutar de estas manifestaciones del calor interno del planeta que habitamos.

Después de algunas tentativas infructuosas para persuadir á algunos amigos á que me acompañasen, logré al fin mi deseo, y aprovechando unos días de huelga, emprendí la marcha en union de otros dos compañeros, que tuvieron la bondad de ceder á mis reiteradas instancias.

Durante nuestra corta expedición fuí reuniendo la materia de estos desaliñados apuntes con el solo objeto de conservar un recuerdo de aquella escursión, y bien ageno por cierto de que nunca hubiesen de merecer los honores de la publicación.

Los preparativos que son indispensables para hacer en Filipinas una expedición campestre de alguna duración, se escapan á la previsión mas esquisita del viajero europeo, por práctico, experimentado y minucioso que sea; porque aquella práctica es la práctica de los ferro-carriles, de las fondas, de los hoteles, medios de locomoción y subsistencia de que en esta tierra se carece, y que hay que suplir en cuanto es posible á fuerza de inventiva; por eso vamos á permitirnos decir unas cuantas palabras acerca del particular.

Una falúa mas sólida que ligera, al estilo de los barcos olandeses, y bastante menos cómoda que robusta, fué, gracias á la bondad de un amigo nuestro, el principal elemento de locomoción de que hubimos de servirnos; y á la verdad, era el mas adecuado á la clase de viaje semi-terrestre y semi-acuático que nos proponíamos hacer, y casi el único que cabía elegir entre los que había disponibles en el país, en aquellos tiempos. Merced á dicha falúa con honores de barcaza, tuvimos la rara fortuna de llevar por conductor y casi por cicerone á nuestro Fermin, su patron, hombre de grande experiencia, como que habia navegado en clase de pañolero, y después de gaviero, en barco de Rey, y habia hecho viajes en la Nao, y habia estado en Goa, en Acapulco y en Malaca.

Al ver el promontorio de camas, maletas, víveres, enseres de cocina y de otros distintos géneros, de que íbamos pertrechados, hubiera podido creer cualquiera, que se trataba de explorar las regiones desconocidas del polo; pero ello es lo cierto, que aunque nuestro proyecto no picase tan alto, hubo ocasiones en que nos alegramos y nos dimos el parabien, por haber sido minuciosos en los preparativos, y tambien las hubo en que pasamos largas horas de hambre y sed, dormimos sobre el santo suelo y experimentamos privaciones de toda clase.

Es de pública y general notoriedad, que en cuanto el viajero europeo se separa en estas islas á tiro de piedra de la Capital, queda reducido á la siguiente disyuntiva: pedir hospitalidad en el convento del pueblo, si lo hay; ó resignarse á pasar en el tribunal las penas de Tántalo, y purgar anticipadamente en este mundo sus culpas y pecados, suponiendo que los tenga, como cristianamente es de suponer. Y decimos que esta es la disyuntiva obligada y forzosa, porque, si bien es verdad que todo indígena admite en su casa de la mejor voluntad, á cualquiera transeunte que se presenta, dándole espontáneamente lo que tiene, y sin preguntarle, ni por contingencia, quien és, ni de donde viene, ni á donde vá; tambien lo és, que dichas casas estan, generalmente hablando, tan desprovistas, que hay que recurrir al tribunal, aun para las cosas mas triviales é insignificantes; y dicho se está, que el tribunal de un pueblo cualquiera de este archipiélago, es el *fac simile* del de Poncio Pilatos. Todo el acero de Suecia y Noruega convertido en plumas de Mallat, protector inconsciente de los aguiluchos y de los gansos, no sería bastante para bosquejar la série interminable de percances y *quid pro quós* ocurridos á los viajeros *castilas* en los referidos tribunales, y entre ellos los hay de tal originalidad, que pueden ser asunto de novelas y entremeses; por lo cual, y debiendo concretarnos nosotros á nuestro viaje, haremos punto final, dejando al lector que se imagine cuanto guste imaginarse en punto á tribunales y oficiales de justicia, entre tanto que la literatura humorística no se apodera del asunto y le da todo el desarrollo de que es susceptible.

II.

Penosa navegacion y paso de la linea... imaginaria.

Alas seis de la mañana del primer dia de Abril de 185..., con un tiempo bonancible

y sereno, zarpamos del muelle del Fortin, y bogando contra corriente, con la acompasada prosopopeya que usan los bogadores del país, en las grandes solemnidades, fuimos dejando á popa la perla de la Oceanía, que en aquellos tiempos tenía un oriente bastante mas difuso que ahora, y eso que todavía le falta mucho pulimento, y sucesivamente las riberas de Arroceros, S. Miguel, Convalecencia & pero todo esto tan despacio, que no parecía sino que se había inventado para nosotros aquella frase tan vulgar *andarse con piés de plomo*; y á buen seguro que si él gran Fúlton nos hubiese estado observando desde las riberas de Uli-uli, entonces poco menos que desiertas, hubiera vuelto á inventar de nuevo la aplicacion del vapor, y quien sabe si hasta la pólvora y la glicerina. Al cabo de una larguísima hora, doblamos la vuelta de Nagtajan, saludamos desde lejos al pueblo de Pandacan, primer adorno, y por cierto muy precioso, de las orillas del Pasig, y perdiendo de vista torres y murallas, nos hallamos en pleno campo, acariciados por el fresco ambiente de la mañana, y disfrutando placenteramente de todas las galas de una naturaleza casi vírgen, y libre la vista de aquellas vetustas paredes de piedra, eternas pantallas que cubren los mas risueños horizontes, que impiden la circulacion del aire, y no sirven sino para perpétua guarida de chacones, iguanas y lagartijas. Jóvenes y entusiastas á cual mas, los tres compañeros de viaje, con pocos cuidados y escelente salud, y llegados recientemente de lejanas tierras, en alguna de las cuales, todo el ornamento y lujo de los campos se reduce á tomillo, no hay para que decir si nos causaría novedad el prólogo, digámoslo así, de nuestro paséo, navegando contra la corriente de este manso y único hijo de la Laguna de Bay, que á falta de otras aguas mas transparentes y puras, tiene la particularidad, de venir en aquella época del año cuajado de quiapos, planta acuática, flotante, rara y de no muy depurado origen; y la de serpentear encajonado constantemente entre riberas de follage, describiendo pronunciadas curvas por prados nunca interrumpidos y bajo frondosas y atrevidas cañas, de una magnitud descomunal, y cuyos enhiestos penachos, cediendo flexibles y dóciles al impulso de las mas ligeras auras, tan pronto parece que tocan á las nubes, como que acarician y liban con las puntas de sus menudas hojas, las cristalinas gotas de rocío, recogidas en la noche por las yervas y florecillas aromáticas de su

alrededor. No hay para que decir el efecto que nos produciría la vista de esos numerosos caseríos de paja, medio velados unos, entre el ampuloso ramage de añosas mangas; otros entre las hojas aflagranadas de verdes tamarindos; otros, en fin, entre apiñados grupos de vigorosos plátanos, ó bajo emparrados de pasionaria, madre selva y campanillas de diversos matices. No hay para que pintar las frecuentes sorpresas que nos causaría, el ver entre tanta exuberancia de verdura, destacarse el babac, que mas que árbol parece manto de grana estendido sobre una amazon preparada de intento....; esos esquifes llamados bancas que no tienen *pendan* en ningun otro país del mundo, deslizándose rápidos y leves, á favor de la corriente, y desapareciendo al instante tras horizontes de esmeralda.....; esos enormes y estrambóticos cascos, antítesis de las banquillas, ganando el camino pulgada á pulgada por medio de sus atléticos tiquineros, que nos traían á la memoria los gladiadores del circo romano.....; los numerosos grupos de bañistas de bronceado color y negra caballera, impávidos y casi casi desdeñosos á la vista del extranjero, curioso en lo general, reparon y casi indiscreto las mas de las veses....; los trages..., los utensilios, y en fin, toda la larga série de cosas nuevas para nosotros y que dan á este país su peculiar fisonomía.

Bajo la múltiple influencia de todas estas impresiones, y á la vez distraídos con sus comentarios, pasamos sin detenernos, por la confluencia del rio de S. Juan del monte y por los pueblos ribereños de Santa Ana y San Pedro Macati, llegando á las once á Guadalupe, donde descansamos durante las horas de calor,

III.

GUADALUPE Y TRADICION CHÍNICA.

Guadalupe es un pueblo largo y estrecho como alma de vizcaino. Esta situado sobre un banco de toba-volcánica, que á falta de otra piedra mejor se emplea en la capital en todo género de edificaciones; y esta industria es la principal riqueza de dicho pueblo. El convento se halla en una meseta de 50 métrios de altura; es obra del arquitecto Herrera, constructor de la iglesia y convento de S. Agustin, y formado de robustos muros y enormes contrafuertes de mampostería. Domina todo el pueblo y un magnífico horizonte que comprende parte de las

provincias de Cavite y Manila, con la bahía torres y campos de esta última población.

Dicen los PP. Agustinos que en aquel convento se ha observado que apenas son perceptibles los temblores de tierra, razón por la cual nunca ha sufrido el edificio desperfecto alguno de consideración. Esta singularidad se atribuye, y no sin fundamento en nuestra opinión, á la base de piedra viva en que reposa dicho edificio, que sin duda debe atenuar el efecto de las trepidaciones. El pueblo, en sí, nada ofrece de particular.

A las once de aquella misma noche, continuamos nuestro viaje á favor de la luna. Habríamos navegado como unos diez minutos con la prosopopeya acostumbrada, cuando oímos al bueno del patron Fermin hacer la siguiente advertencia:—Cuidado á proa, no sea que tropecemos con el *buaya*.—Al oír la palabra *buaya*, que en tagaloc significa caiman, dimos los tres compañeros un respingo tan pronunciado, tan simultáneo, y digámoslo así, tan nervioso, que la falúa, cediendo al violento empuje, y dando un terrible bandazo, y otros dos ó tres balances consecutivos, estuvo á punto de zozobrar. Nuestramo Fermin, que comprendió entonces todo el pavoroso efecto que habia producido en nosotros su última terrorífica palabra, se apresuró á rectificar diciendo, en tono entre grave y festivo:—Señor, no caiman verdadero ese, sinó caiman de piedra, castigado por milagro de San Nicolás. Aquí esta ya; vea V. Señor, los ojos, la boca, las narices; todo parejo como el caiman.—Y en efecto, durante esta locucion de patron Fermin, pasábamos por el costado del un pedrusco, que sobresalia de las aguas como media vara, y al cual le daban, cinco ó seis agujeros que tenia colocados casualmente con cierta simetria, una remota semejanza con la cabeza del mentado anfibio. Repuestos ya algun tanto de aquella sorpresa nada agradable, ocurriósele á uno de mis compañeros, invitar á patron Fermin á que nos refiriese el como y el porqué del milagro del caiman; y Fermin que estaba deseando hechar su cuarto á espadas desde que habíamos salido de Manila, condescendió sin hacerse de rogar; y con tono pausado y grave dijo:

«Hace muchos años que los chinos cristianos de Manila tenían ya alguna devoción á S. Nicolás, sin que nadie sepa dar razón del origen de su predilección por este Santo, al cual, dicen los antiguos de Manila y de todos estos contornos, que hacían todos los años, su correspondiente fiestecita, poco mas ó menos como la hacen ahora en el con-

vento de Guadalupe, á donde acuden muchos centenares de ellos el día de la fiesta, unos en carruage, otros en bonitas pagodas, y los mas á pedibus y andando; pero todos provistos de candelas y cirios, ya blancos, ya encarnados ó verdes, y de ofrendas de toda clase; asisten devotamente á misa y á la procesion, y el resto del día lo pasan divirtiéndose segun sus usos y costumbres. Y cuentan, que un día de San Nicolás, despues de terminada la funcion de iglesia, vinieron á bañarse á este sitio por donde estamos pasando, ahora precisamente, una gran porcion de hijos de Confucio; los cuales, nadando los que sabian, y tanteando al lado los demás, se esparcieron como un puñado de moscas por toda esta mansa planicie. El caiman, que entonces no era de piedra como lo es ahora, sinó caiman verdadero con todos sus pertrechos y adherentes, y que probablemente estaria en ayunas y forjándose en su hambrienta fantasía algun suculento almuerzo, vió llegada la ocasion, y aproximándose entre dos aguas y con muchísimo disimulo, al mas gordito y rechoncho de los chinos que tenia á su inmediacion, trató de clavarle el diente; pero el chino que no las tenia todas consigo, y que era de su tierra y tan listo como el mas pintado de los caimanes, hizo una rápida evolucion, al aperibirse de su vecino, y este se quedó con la poblada y áspera coleta enredada entre los dientes, en lugar del morbido reverso del hijo del Sol, que habia sido el blanco á donde el caiman dirigiera su terrible dentellada.

«San Nicolasi, ayuda suya con mia»—esclamó el chino al sentirse preso y remolcado de sus grenchas hácia las profundidades del río; y el Santo bendito, acudiendo en auxilio de su devoto, convirtió al caiman en piedra, antes de que aquel pudiera consumir su famélico atentado.

«El chinito, que parece no era lerdo, echó un guante entre sus paisanos, construyó con parte del producto una diminuta hermita á San Nicolás, allí debajo de aquel peñasco de la derecha, donde existen los restos todavía y se distinguen perfectamente unos paredones en ruina; y en aquella hermita se verificó la funcion religiosa desde el año siguiente; hasta que andando el tiempo, y vuelto á China con sus ahorritos y una gran parte del guante el favorecido de San Nicolás, la hermita se vino guarda-abajo en un temblor, y la devoción volvió á trasladar sus reales al convento del pueblo, donde sigue

y se sostiene viva y ferviente, sin entibiarse ni decaer á pesar de los años y de los malos tiempos que corremos.»—Y en efecto, la romería de Guadalupe y la funcion religiosa dedicada á S. Nicolás en Setiembre, y costeadas indistintamente por chinos cristianos é infieles, es un hecho, así como lo es la existencia de las ruinas de la antigua hermita.» Ahora lo que falta saber es, si son igualmente verídicos todos los demás detalles referidos por nuestro Fermin.

IV.

La madre Gerónima.

—Ya hemos llegado frente á la cueva de la madre Gerónima, dijo entre dientes y medio adormilado, patron Fermin, cuando apenas habríamos andado una milla.—¡Eh!... respondió uno de mis compañeros. ¿Madre Gerónima dijo V.? pues eso me parece que tiene cierto husmillo histórico, y convendrá que atraquemos, y veamos, y sepamos, qué cueva y que madre son esas, si es que no se opone á ello fuerza mayor. Dicho y hecho: apenas habia espirado la última palabra en los labios de nuestro compañero, cuando ya la redondeada proa de la falúa tocaba á la orilla. Saltamos á tierra, y nos aproximamos á la cueva, que se halla en un espolon muy prolongado de la loma de S. Juan del monte, á 100 metros de distancia del rio. Con el auxilio de una fogata de hojarascas y pedazos de caña, pudimos examinar perfectamente la cueva, que es una bóveda abierta á pico en piedra viva, de 15 metros de profundidad, 7 de elevacion y 5 de ancho, con tres nichos, uno en el fondo y dos en los costados, semejantes á los que suelen verse en las fachadas de las iglesias. El patron Fermin, que se mantuvo calladito como un muerto durante el exámen subterráneo, tomó la palabra cuando apenas acabamos de salir á campo raso, y dijo, encarándose con el que se le vino mas á la mano:—«Cuentan los viejos de estos barrios y caserios inmediatos, que hace como 200 años, una Señora de Manila, llamada madre Gerónima, por lo muy rezandera y devota que era, y porque hacía una vida como la de una monja, vendió los cuantiosos bienes que poseía, los repartió entre los pobres y establecimientos piadosos, y seguidamente se vino á vivir en esta cueva, que de antemano había ella misma mandado hacer á su costa. Y dicen que aquí vivió encerrada muchos años, sin otra com-

pañía que una efigie de nuestra Señora de la Asuncion, á la que rezaba dia y noche, manteniéndose con morisqueta y yervas cocidas, y haciendo entre otras duras penitencias, la de dormir sobre la piedra de uno de aquellos nichos, teniendo por almohada un canto pelado de estos de la orilla del rio. Como gozaba, y no sin justicia, opinion de santidad por estos contornos, todos los banqueros de Pasig, Taguig, Pateros y de otros muchos pueblos, le daban, cada vez que pasaban, cuantiosas limosnas de arroz, legumbres y otras frioleras, las cuales repartia ella á su vez entre los pobres impedidos ó ancianos de estos caseríos, reservándose solamente lo indispensable para su frugal subsistencia, y aun se cree que muchos dias se quedaba en ayunas por socorrer á algun infeliz necesitado. Tambien curaba frecuentemente de sus dolencias á todos estos vecinos, y les dirigia con su consejo y les consolaba en aficciones. En una palabra, era como una segunda Providencia para las gentes de estas cercanias. Llegó por fin un dia, que no viéndola entrar ni salir los vecinos del barrio de Malapatnabató, que está frente, entraron en cuidado y se acercaron á la cueva para ver si estaba enferma ó le habia sucedido algun contratiempo; pero en el momento mismo de entrar por la puerta, se quedaron medio estáticos al oír que tocaban á la parte de dentro, donde sin embargo nada se veía sinó las cuatro paredes, una música arrobadora y melodiosa, parecida á un organillo, y que á la vez cantaban muchas voces, así como de niños; todo ello con una suavidad y dulzura extraordinarias. Cesó al poco rato aquel concierto tan incomprensible para los vecinos de Malapat, y animándose entonces unos con otros, se adelantaron casi todos agrupados y cogidos entre si de las manos; y andando de puntillas, hácia el nicho de la derecha, se encontraron á la madre Gerónima dormida aparentemente, pero en realidad muerta, y rodeada de una hermosísima aureola de sampaguitas, mil leguas, calachuche, pasionaria, caviquí y otras varias flores que embalsamaban el ambiente. Pero no vayan VV. á creerse que aquellas flores estaban colocadas allí por persona humana; no señor, sinó que habian nacido en la misma piedra en que reposaba el cuerpo inanimado de la buena madre.

(Se continuará.)

E. PEÑARRUBIA.